Podrías ser tú

alexamaya

Podrías ser tú

Capítulo 1

1.

Echo de menos cómo me acariciaba mi papá antes de dormir.

No importaba lo que nos hubiera pasado durante el día, los conflictos que hubiéramos tenido entre nosotros, los enfados... siempre había una reconciliación en el contacto de nuestros cuerpos, piel con piel, bajo las sábanas, con nocturnidad y alevosía, en nuestra intimidad que nadie podía invadir, ni siquiera el tiempo, que para siempre, se quedó detenido allí. O es lo que me habría gustado, porque en realidad, fui yo quién se quedó allí mientras el tiempo siguió sin mí, convirtiéndome en un huérfano emocional incapaz de sentir nada salvo la ausencia de sus manos en mi cuerpo, primero recorriendo mi cabeza estirándome suavemente del pelo, como si quisieran sacarme todo pensamiento y permitirme sólo sentir, sin prejuicios; luego palpando con sus dedos cada fuente de los sentidos de mi cara, impidiéndome no ver nada más que su cuerpo, oler su aliento, oír sus latidos, saborear su sudor y sentir las yemas de sus dedos que delimitaban con sus caricias dónde acababa mi cuerpo (que era lo único que existía) y empezaba todo lo demás (que no existía para mí); después acariciando mi cuello, con la única música de nuestras respiraciones al compás, mientras el vello de nuestras pieles se erizaban incorporándose como miles de espectadores ovacionándonos rendidos ante el espectáculo de nuestro amor; y finalmente bajando por mi espalda, a veces casi sin tocarme haciendo que la sensación aún fuera mayor, como si lo más intenso no fuera tocarse si no el deseo de hacerlo, demostrando que lo sutil puede ser muchas veces lo más contundente... hasta que llegaba más abajo... y mis glúteos se tensaban de una emoción indescriptible que se hacía incomprensible cuando me separaba las piernas e introducía sus manos hasta tocar mis genitales, con caricias si cabe aún más primorosas, hasta que llegaba a sostenerlos con sus manos, como sopesándolos, quizá tratando de encontrar en ellos alguna especie de experiencia extracorporea a través de un cuerpo, el mío, que no podía si no sentirse a sí mismo, completamente anegado de una colosal mezcla de emociones, desde el deleite de la mejor de las excitaciones al miedo más paralizante.

Con el tiempo fui comprendiendo que lo que hacíamos (o lo que él hacía conmigo) no estaba bien visto por los demás, si no es que lo consideraban una de las peores perversiones, pero fuera como fuera, yo nunca me opuse, ni desvelé el que siempre sería nuestro secreto, y a día de hoy, todavía no sé si lo hice porque me daba miedo lo que estaba haciendo o que dejara de hacerlo.

Fuera como fuera, mi padre un día desapareció, y desde entonces, más que ninguna otra cosa, echo de menos sus caricias, y aunque soy consciente de que todo ello es posible que me haya generado muchos de

los males que me atormentan hoy en día, no puedo echárselo en cara, pues pese a lo que probablemente dirían los demás, yo creo que él no abusó de mí... de la misma forma que yo tampoco abuso de los demás.

Sea como sea, buenas noches papito bonito, estés donde estés.

Te quiero.

2.

Un día más me despierto solo, y en la solitaria quietud de mi habitación sólo el silencio viene a darme los buenos días. Como todas las noches, ayer sólo me pude dormir después de haber recreado con mi imaginación las sutiles caricias de las manos de mi padre sobre mi cuerpo que, con el paso de los años, han ido macerando fantásticamente como un buen vino, deleitándome con sensaciones que sólo existen más allá de esta realidad. A veces, como esta noche, nos encontramos en sueños, y aunque desde el primer momento me doy cuenta de que estoy soñando, cuando mi padre aparece en mis sueños me aferro a ellos, prefiriendo quedarme allí aunque nunca más vaya a volver a despertar. Pero aquí estoy otra vez, condenado a vivir otro día más sin él, en la misma casa donde vivimos juntos hace ya tantos años, donde he vivido siempre, y donde probablemente siempre viviré.

Me levanto pesadamente, tratando de moverme por un mundo que parece querer sacudírseme de encima como a un parásito, y quizá no sea para menos. Pero eso no me desalienta, e incluso me da más ganas de seguir adelante, así que cierro los ojos y trato de percibir los movimientos del mundo que se mueven como un corcel salvaje bajo mis pies, y poco a poco, voy consiguiendo cabalgarlo. Un tanto reconfortado, cojo aire profundamente y vuelvo a abrir los ojos, y con cada nuevo paso que doy, siento que vuelvo a estar preparado para volver al partido. Un día más. E incluso con aires de victoria. Eso es. Vuelvo a la vida... aunque quizá nadie más que yo se alegre por ello.

Me miro en un espejo y veo mi cuerpo desnudo. Antes no me gustaba, e incluso alguna vez traté de arrancármelo, pero con el paso de los años cada vez me gusta más. Empiezo a esbozar una sonrisa. No puedo vivir con mi padre, pero puedo hacerlo conmigo, y cada día estoy más contento conforme compruebo que cada vez soy más parecido a él, y aunque mi padre me dejó sin sus caricias, le agradezco enormemente que se proyectara tanto en mí, y de una forma tan nítida, como para permitir que siempre estemos juntos. Con lágrimas en los ojos me abrazo a él, abrazando mi imagen, y en el frío contacto con el cristal siento su calor

como la primera vez, que indeleble, sigue viva en mí como una llama eterna.

Me visto. Y cubriendo mi cuerpo con ropas, dejo de ser mi padre para ser más sólo yo. Hubo una época en que me vestí igual que él, de hecho con sus mismas ropas (que al igual que el resto de sus cosas, se quedaron en la que fue nuestra casa, y aún siguen aquí), pero ya hace tiempo que me convencí de que eso no es buena idea. Mi padre vive en mí, pero yo no soy él. Yo soy yo, y no tener clara la diferencia creo que podría hacerme transitar peligrosamente el camino de la locura. Y de eso creo que ya ando bastante sobrado.

Salgo de casa, como hago casi todos los días salvo muy raras excepciones, y no porque no me guste estar en casa, pues me encanta y no quiero vivir en ningún otro sitio, pero me gusta salir a transitar el resto del mundo, aunque sólo sea para tener ganas de regresar a mi origen, al lugar donde siempre he estado, de donde salí por primera vez y a donde siempre vuelvo.

Hoy llueve. Estupendo. No he cogido paraguas. Ni falta que hace. Estoy dispuesto a mojarme, de hecho, salgo de casa por eso mismo, para empaparme con el mundo, para darlo todo, especialmente a mí mismo, hasta que no sea capaz de reconocerme, sin miedo, convencido de que mezclarme con el resto del mundo hasta perderme por completo es la mejor forma de encontrarme, si es que no muero en el intento. Y eso tampoco me preocupa. Al fin y al cabo, mi vida no es mía, si no de todos con quienes la comparto, porque nacemos solos y morimos solos, pero mientras tanto, estamos todos juntos, mezclados, hasta el punto de ser incapaces de reconocer donde acaba uno mismo y empiezan los demás. Y como mi nacimiento ya pasó, mi muerte es lo único que me queda sólo para mí, y aunque no quiero que eso pase, tengo curiosidad por encontrarme de nuevo conmigo mismo cuando eso suceda. Pero sea como sea, hay que disfrutar de lo que estamos teniendo en estos momentos. Porque la vida es cruel, y cuando menos te lo esperas, se termina. O no lo hace y continúa, haciendo que a veces aún sea peor.

- Buenos días- me dice la voz de una mujer mayor que vive en mi edificio- Te vas a mojar...

- Sí- le contesto con toda la cortesía que soy capaz de reunir- Un día estupendo- Y nos quedamos sonriendo como dos estúpidos- Bueno, adiós- le digo tratando de despegarme de su mirada.

- Adiós- me dice ella sin dejar de mirarme, como si quisiera atraparme, y como cada vez voy dejando más de ser yo para, en este caso, empezar a ser un poco ella, no consigo moverme del sitio- Pero... ¿no te ibas?

- Sí- Pero no me voy, y ella no deja de clavar su mirada en mí, si no es que todavía la clava más hondo, como ensañándose, sabiéndose más poderosa que yo. Maldita sea. Comienzo a sentirme mal. A veces al principio cuesta un poco, duele, asusta... pero se pasa, así que cierro los ojos y cojo aire, preparándome para dejarme por completo, y convertirme en lo que tenga que ser.

- ¿Me traerás un pan cuando vuelvas?

- Sí. Claro- Si es que vuelvo. Y en la posibilidad de que se quede sin pan empiezo a reírme, cada vez más, y ya no puedo parar.

- ¿Qué te pasa? ¿Otra vez estás así?- dice con un pena del todo falsa que esconde la alegría que le da sentirse en disposición de ayudar en lugar de ser ayudada- ¿Necesitas algo?

La respuesta me quema en los labios, pero con un sagaz regate mental evito decirle una barbaridad, que por supuesto, se trataría de una verdad aplastante. Una "verdaridad". Pero las personas como ella prefieren vivir en una mentira fácil de digerir, haciendo que las verdades sean barbaridades estúpidas producto de la mente de un enfermo, como la mía. Pero no seré yo quien les saque de su error.

- No, nada- digo tratando de no reírme, lamentando que haya que contener la risa porque se considera inapropiada.

- ¿Estás seguro?- dice cogiéndome del brazo, y por un momento, dejo de reír para mirar perplejo su mano en mí, mientras siento que me atraviesa la ropa y nuestras pieles comienzan a fundirse. No. Aún no. Todavía no...

- ¡Sí!- respondo tratando de no gritar pero seguramente no consiguiéndolo viendo la cara que ha puesto mientras aparto el brazo y ella se queda con la mano en el aire, como dibujando mi brazo, incapaz de saber qué hacer si no es agarrarse a mí.

- Pero hijo...- dice ella compungida cada vez más insaciable, como si yo me hubiera convertido en la única fuente en la que pudiera calmar su sed.

- Estoy bien. No quiero nada. Gracias. Adiós- digo cada vez más apresuradamente mientras reúno fuerzas con las que consigo, poco a poco, alejarme de ella.

- Ay hijo... Cuídate mucho- dice viéndome marchar sin casi poder moverse de donde está, así que menos aún darme alcance.

- Por supuesto- respondo contento de estar cada vez más lejos de ella- Y

tú también.

- ¡Y déjate cuidar!- añade gritando mientras me alejo.

Me da un escalofrío que podría ser aterrador si no fuera porque cada vez estoy más lejos, hasta que ya no puedo oír lo que dice, y entre el resto del mundo ya casi ni distingo su silueta. Pero cada vez que parpadeo, aún puedo sentir su mirada clavada en mí, así que me detengo y cierro los ojos, y como si se tratara del veneno de una serpiente, chupo su mirada y la escupo fuera de mí. Qué despreciable mujer... y qué encantadora. Pero no importa cual de sus dos cara muestre, pues sea como sea, y haga lo que haga, tendrá lo que se merece.

3.

Me equivoqué. Otra vez. Porque lo cierto es que me equivoco muchas veces. Pero como me doy cuenta, también aprendo mucho. O así debería ser. Porque ya hace tiempo que tendría que saber que hay que mirar a ambos lados antes de cruzar una calle.

- Lo siento. Lo siento- Es lo único que logro decir frente a los gritos del conductor que ha conseguido frenar con presteza para no atropellarme, mientras trato de salir de la calzada con unas piernas que no dejan de temblar.

Pero el conductor no parece satisfecho con mis disculpas y sigue gritándome, e incluso me insulta, y lo sigue haciendo cuando arranca y se marcha de allí, sin preguntarme qué tal estoy ni nada, hasta que lo pierdo de vista. Me siento en el bordillo a recuperar el aliento sin dejar de mirar por donde se ha ido el coche, hasta que esbozo una sonrisa, y cuando me parece ver el coche más a lo lejos, ya estoy completamente tranquilo, pues por más que me insulte, y por mejores reflejos que haya tenido al volante, él también tendrá lo que se merece.

Me levanto y sigo caminando por la acera con cuidado de no cruzar la calle, hasta que llego a un montón de agua que no importa si es un mar, un río o un charco de escupitajos. Me detengo y lo contemplo, y en cada gota me pierdo y me encuentro incontables veces, disfrutando cada vez más como si me regara con cada una de ellas y no dejara de crecer y crecer... hasta que,

- ¿Qué haces?- me dice un crío solidificando mi trance líquido, mirándome desde abajo, muy abajo, tan abajo que le hace parecer a la vez insignificante y colosal, completamente frágil e indestructible, y no sé muy

bien qué hacer con él, aunque en realidad, lo sé perfectamente.

- Mirar el agua- respondo casi como un acto reflejo después de años entrenando el noble arte de la conversación.

- ¿Y por qué?- Las preguntas simples de los críos, casi banales, tan llenas de profundidad como sin sentido que te dejan paralizado. Las odio.

- Porque me da la gana- Menos mal que siempre hay respuestas elocuentes como ésta para hacerles frente.

- Ah...- dice sin darse por vencido, sosteniéndome la mirada, y empiezo a sentir como empiezo a sudar... y a oler mi propio olor, mi embriagadora esencia corporal concentrada en una gota... así que empiezo a ponerme un poco nervioso, y no porque me preocupe que los demás me huelan, y menos aún que no les guste, sino porque es a mí a quien le gusta, me encanta, hasta el punto de que no hay nada que me embriague más... que yo mismo- ¿Puedo mirar?- añade el crío sacándome de mi aroma en el que ya me había perdido.

- ¿Qué?

- Que si puedo mirar el agua yo también.

- Pues claro. El agua es de todos. El agua es todos.

El crío sonríe, se acerca y mira el agua conmigo, y para mi sorpresa, su presencia no me incomoda tanto como pensaba. Y me alegro. Las pequeñas sorpresas como ésta son la chispa de la vida, el encanto de equivocarse, de acertar en el error. Y me gusta. Quizá demasiado. Porque empiezo a sentir un entusiasmo repentino tan pletórico, que hasta me gustaría lanzarme al agua con él.

- ¿Sabes nadar?- le pregunto.

- Sí...

- Vaya. Qué bien.

- ¿Y tú?

- Pues... creo que no- respondo confuso y el crío me mira extrañado, y a mí no me extraña- Pero ¿sabes qué?- le digo entonces de repente con un gran entusiasmo y siento en su mirada un sentimiento parecido- ¡Vamos a comprobarlo!

- ¡Vale!- dice sumándose a mi entusiasmo aunque quizá no tiene ni idea

de a lo que se está apuntando. Ni yo tampoco.

Pero sea como sea, yo ya no puedo contenerme. He salido para mojarme, y si tiene que ser así, estoy dispuesto a empaparme por completo, hasta incluso ahogarme. No me importa. E incluso cada vez me apetece más. Somos agua, así que ¿qué mejor que fundirme con ella? Pero cuando estoy a punto de lanzarme al estado líquido en el que quizá me voy a convertir...

- ¿Qué haces hablando con ese señor?- dice la voz de uno de sus progenitores hablándole al crío y refiriéndose a mí- Lo siento. Discúlpelo- dice hablándome a mí y refiriéndose al crío.

Yo trato de decirle que no es molestia, que al contrario, es un placer y que, en todo caso, la molestia es su intromisión como adulto, pero tenaz en su cuidadoso plan de actuación perfectamente elaborado a base de sutiles prejuicios, insiste en apartar al crío de mi lado arguyendo que me está molestando. Deleznable. Y lo peor de todo, es que el crío no hace nada por apoyarme, hasta el punto que parece haberse convertido en otro crío completamente diferente, mucho menos interesante que el anterior con el que estaba dispuesto a arriesgarme a ver si sabía nadar, como si confiara que en caso de que no fuera así, él pudiera salvarme.

- Está bien. No pasa nada- digo por fin rindiéndome viendo que he perdido a mi héroe socorrista- Ya... nos veremos- añado tratando de sonreír dirigiéndome especialmente al crío-, quizá en otra ocasión... en otro mar...- y el progenitor se lleva al crío estirándole del brazo alejándolo de mí, sin despedirse, y sin disculparse por haberse entrometido entre el crío y yo, y sin volverme a dirigir la palabra ni la mirada desde el momento que he aceptado la despedida, contento de haber hecho lo que tenía que hacer, de haber actuado a tiempo y con delicadeza, y de que todo haya salido bien y pueda olvidar rápidamente esta situación tan desagradable... Pero lo peor de todo ha sido que el crío no dejara de mirarme mientras se lo llevaban, como si me estuviera suplicando que lo salvara. Cobardes... Hipócritas... Pero no. No pasa nada. No es cosa mía. No tengo por qué preocuparme ni hacer nada al respecto. Pues les guste o no, ellos también tendrán lo que se merecen.

4.

Los pasos que doy sobre la tierra se mezclan con el cielo y cada vez más no sé si estoy volviendo o yéndome aún más allá. Otra vez me está pasando. Está bien. Es lo que pretendía. Por eso he salido de casa. Y aún no me he perdido tanto como para olvidar que tengo casa, y que pretendo volver a algún sitio y no sólo irme cada vez más, pero... ¿por dónde está

mi casa?

- Disculpe ¿la calle...- empiezo a preguntar a un transeúnte pero me quedo a medias, incapaz de recordar el nombre de la calle donde está mi casa... si es que alguna vez lo he sabido ¡Pero no! ¡Claro que lo sé! Sólo que... ahora no lo recuerdo. No...

- Disculpe ¿se encuentra bien?- me dice el transeúnte y no entiendo por qué se disculpa. Que me disculpara yo antes aún tenía cierto sentido, pues suponía empezar una conversación con alguien que quizá no lo deseaba, pero ahora ya no, y los sutiles códigos sociales, habitualmente arbitrarios e incluso contradictorios, empiezan a ponerme nervioso.

- Por supuesto que sí- respondo un tanto cortante- Estoy perdido, así que nunca me he encontrado mejor- y aunque lo intento, o precisamente por ello, no soy capaz de evitar echarme a reír, pero dejo de hacerlo cuando percibo que se ha asustado un poco y nos quedamos unos instantes mirándonos, incapaces de saber qué hacer a continuación.

- De acuerdo- dice por fin mi compañero de conversación y rival al mismo tiempo a la par que simple piedra en el camino- Pues disculpe, yo...- y empieza a hacer amagos de irse.

- Sí. Adiós- digo casi contento de que se vaya, pero no puedo evitar añadir- Pero no hace falta que se disculpe.

- ¿Qué?- responde desconcertado sintiéndose atrapado por mis palabras.

- Lo siento. Ahora soy yo quien le está molestando. Disculpe- Y lo siento de veras, hasta el punto que empiezo a enfadarme conmigo mismo por mi evidente torpeza social.

- ¿Qué? No... Usted no me molesta... Yo...- Pero sí, está claro que le molesto, le desagrado, le asusto, quiere alejarse de mí y yo, estúpido de mí, se lo estoy impidiendo.

- Sí, sí que le molesto, pero no pasa nada- y esbozo una sonrisa sincera para demostrarlo- Yo... ya estoy acostumbrado.

- No ¿Qué dice? No... no es molestia. Usted no...

- ¡Que se calle!- digo por fin con un enfado mal dirigido, así que- Disculpe- vuelvo a decir porque está claro que le he molestado otra vez y cada vez más- No es con usted con quien estoy enfadado, sino conmigo. Discúlpeme- y antes de que diga nada al respecto me apresuro a añadir- ¡Y váyase ya! No vuelva a hacer que tenga que disculparme de nuevo.

El transeúnte no transita ni sabe hacia donde transitar, y el transeúnte que no transita ni sabe a donde transitar... ya no es un transeúnte.

Trato de llenarme de paciencia.

- Está bien. No pasa nada. Ya me voy yo- le digo tratando de hacer un gesto cortés de despedida, pero siento más bien que me sale un gesto de pedir disculpas, e instintivamente, o por eso mismo, añado- disculpe- a lo que añado- Maldita sea- a lo que añado- No. A usted no- a lo que añado- Disculpe- a lo que añado- ¡Aaarg!- en un grito desgarrador como si me hubiera pillado un dedo en una puerta, otra vez, porque no es la primera vez que me pasa algo así, y supongo que no será la última. Un desastre. Pero por lo menos, consigo que el transeúnte se mueva un poco y comience a transitar de nuevo, así que aprovecho para darle ánimos para que continúe y siga transitando, pero como no lo consigue del todo, vuelvo a gritar o algo parecido y así parece que sí lo consigo y comienza a transitar, cada vez con paso más rápido. Yo sonrío contento, como si hubiera logrado que un bebé hubiera dado sus primeros pasos. Pero cada vez más entusiasmado, siento que eso no me basta y le animo a que eche a correr, y cuando lo consigo, por un instante estoy lleno de alegría, como si hubiera vivido en pocos segundos lo que a los padres les lleva años realizar. Pero toda mi alegría desaparece, cuando de repente, me acuerdo del nombre de la calle de mi casa, y le grito para decirle que ya me acuerdo, pero a la distancia que está, probablemente ya no distingue mis palabras ni mis intenciones, así que incluso acelera un poco el paso. Podría dejarle ir. Sí. Quizá habría sido la mejor opción. Lo más sensato. Pero mis piernas insensatas ya se han echado a correr tras él mientras no dejo de gritar el nombre de la calle.

El suelo donde piso se mezcla con el cielo mientras el único horizonte es el transeúnte que transita cada vez más lejos de mí, ganándome la carrera por más que aprieto el paso... hasta que finalmente, lo pierdo de vista, y jadeando, echo a reír de repente ostentosamente, al darme cuenta que podía preguntárselo a cualquier otro transeúnte, alguno de los cuales está viendo la escena, así que todavía sin haber recuperado del todo el aliento, me dirijo a uno de los que está cerca mío,

- Disculpe ¿La calle...- pero de nuevo, no hay manera de recordarlo, lo he olvidado por completo, y por más que quiera disculparme, sé que no tengo perdón.

Me supone un gran esfuerzo no gritar de nuevo, y apretando los dientes, consigo emitir sólo un leve gemido, pero mi esfuerzo no parece ser muy bien comprendido por el transeúnte y por otros que me rodean, que perplejos, me miran con una gama de emociones que varía desde la confusión, el miedo, la burla y lo que es peor, la compasión. Me desagrada, como tantas otras veces, pero tampoco me importa mucho, y con gran maestría, paso de ellos, como también he hecho antes otras

tantas veces. Lo que más me importa es recomponerme, y al poco rato, me siento mejor. Suele suceder así, y ahora no ha sido diferente. Sólo es cuestión de aceptar mis límites, que son muchos, pero tantos como mis potencialidades, pues tengo tantas virtudes y defectos como un horizonte capaz de albergarlo todo al ser inalcanzable.

Cuando me he calmado me doy cuenta de que estoy de rodillas en el suelo y me sorprendo. Pero está bien. No pasa nada. Eso tiene fácil solución. Me incorporo, me sacudo la ropa y miro a mi perplejo público.

Venga. Ya está. Ya vale. El espectáculo ha terminado. Ya no hay nada que mirar.

Pero siguen mirando, o lo que es peor, se acercan para disculparse mientras me preguntan si estoy bien. Así que reuniendo todas mis fuerzas, trato de que el espectáculo no continúe, y únicamente, de la forma más somera que soy capaz, les digo,

- Disculpen- Y me voy. Bajando el telón. Caminando despacio, como si no hubiera pasado nada, hasta que acelero finalmente el paso para refugiarme en los camerinos, donde no hace falta que me quite el maquillaje, pues ante todo, yo siempre me muestro tal como soy, sin esconder nada, e incluso creo que más les valdría a los demás mostrar un poco más sinceramente sus emociones como yo hago. Pero tampoco se lo echo en cara, ni me compadezco de ellos, porque todos los transeúntes del mundo, transiten con franqueza o no, tarde o temprano también tendrán lo que se merecen.

A mí me gusta ser auténtico, y después de todo lo que reprimo, creo que incluso es necesario, pues de no ser así, quizá incluso llegaría a no saber quién soy. Pero ser tan genuino tiene sus desventajas en un mundo tan lleno de falsedad, y pese a que trato de evitarlo y de pasar desapercibido, me cuesta mucho no llamar la atención, como me acaba de pasar nada más haber empezado el día, así que una vez más, me refugio en uno de los pocos sitios "en el mundo pero fuera del mundo" en donde hallo cobijo.

En el mundo suceden cosas asombrosas a cada momento, y aunque a veces no seamos capaces de apreciarlo en nuestro día a día, allí está el arte para dejar constancia de ello. A lo largo de mi vida he probado muchas formas artísticas para consolarme cuando no soy capaz de apreciar la vida en su estado natural, pero sin lugar a dudas, la que más me ha servido, entre todas ellas, ha sido internet. A veces desprecio un poco a quiénes se estén lucrando de ello por medio de la publicidad que intercalan entre cada una de las asombrosas manifestaciones de la vida que han quedado registradas en formato digital en la red, pero hace tiempo que ya no me importa, pues por más que se enriquezcan, sé que también tendrán lo que se merecen, e incluso les agradezco que, sea

como sea, posibiliten que todas esas maravillosas obras de arte lleguen hasta mis sentidos y de una forma tan fácil, especialmente las que les pasan a las personas, ya sea por accidente o porque se lo buscan, y ya sea que resulten agraviadas o gratificadas por ello, porque al final, lo que más nos importa a los demás como espectadores es que hayan participado en una situación asombrosa, digna de tener muchas visitas y muchos "me gusta", aunque a los protagonistas no les haya gustado en absoluto o haya sido lo último que hayan hecho en sus vidas.

Yo, desde luego, soy un gran visitador, y varias veces le doy al "me gusta" mientras navego por internet en uno de tantos sitios donde se puede usar un ordenador de forma gratuita, porque, por supuesto, yo no tengo ordenador, ni móvil, ni televisión, ni teléfono fijo, ni nada por el estilo, como tampoco tengo lavadora, ni nevera, ni coche, ni ningún electrodoméstico o cualquier otro objeto electrónico o motorizado, pues de hecho, no tengo prácticamente nada (ni ninguna cosa me tiene a mí), convirtiéndome en alguien de quien las personas ya pueden estar contentas por la poca huella ecológica que dejo, o por lo menos, hasta que deje mi huella en ellas. Y de eso también hay mucho en internet (mi pequeño pecado consumista), pues es habitual encontrar personas que se han hecho mundialmente famosas cuando han dejado de reprimir cosas parecidas a las que yo me reprimo, y a las que presto especial atención. Pero no porque quiera ser como ellas y quiera hacerme famoso, si no todo lo contrario, porque hacerse famosas casi siempre ha supuesto también que les hayan impedido seguir haciéndolo, y eso precisamente es lo que quiero evitar, y por lo que presto especial atención, para aprender de sus errores y no cometerlos cuando yo comience a hacer méritos para salir en internet, retrasando al máximo mi salto a la fama, y alargando todo lo posible el desarrollo de mi obra, que es lo único que me interesa, incluso aunque nunca nadie llegue a descubrir que yo soy el autor y puedan reconocérmelo, ya sea con magníficos premios o con el peor de los castigos, pues no quiero ni una cosa ni otra de nadie, salvo mi propia gratificación de estar haciendo por fin lo que tanto me reprimo. Pero todavía no ha llegado ese momento, y aún me consuelo con pequeños bocados como el que estoy haciendo ahora en esta pantalla.

5.

Qué divertido es comer. Y cuánta comida y variada hay a nuestro alcance y con qué poco esfuerzo. Sin gastarme apenas dinero he conseguido en poco rato un aceptable menú juntando unos cuantos restos de comida que ya no iban a vender en diversas tiendas y bares. Disfruto de cada bocado, saboreándolo mientras lo mastico hasta hacerlo papilla, como tiene que ser para una buena digestión, gimiendo en cada respiración, como tiene que ser para un auténtico disfrute, apreciando el regalo que me da este mundo de abundancia, como tiene que ser para no ser un desaborido

ingrato, pero entonces, una nota discordante casi hace que me atragante.

"Pido ayuda. Acepto comida" dice un cartel escrito sin faltas de ortografía delante de un tipo que, por lo menos, no pone especial cara de lástima.

Por supuesto, me acerco y le ofrezco parte de mi botín, pero no por generosidad, sino básicamente porque me sobra.

- No, gracias. Es que soy diabético- dice rechazando mi pieza de repostería que me quedo mirando un tanto estúpidamente sobre mi mano.

- ¿Cómo?- acierto a decir tratando de salir de mi perplejidad.

- Pues que no tolero bien los dulces...

- No. Si ya sé lo que es, pero...- nos miramos a los ojos un instante, como midiendo nuestras miserias más que nuestras grandezas, y eso por lo menos me reconforta un poco- pensaba que eso era... un lujo de ricos.

- Pues no- dice sin más- Y también soy intolerante al gluten.

- ¡Acabáramos!- digo riéndome pero no mucho al ver que la risa no es compartida- Pues... vaya faena ¿no?

- Sí. Un poco...

- ¿Y qué puedes comer?- le digo tratando de encontrar algo en mi botín que no le mate- ¿Un plátano?

- Sí. Pero en realidad ya no hace falta, gracias, ya tengo bastante comida- y me muestra lo que ha recaudado, que ciertamente parece suficiente, así que me guardo el plátano.

- Pues entonces... deberías cambiar el cartel ¿no?

- Quizá sí...- dice esbozando una leve sonrisa aceptando la parte divertida de la situación, y eso me agrada, así que casi sin darme cuenta, me voy a acercando cada vez más a él.

- ¿Y qué otro tipo de ayuda pides entonces?

El pedigüeño respira profundamente, tratando de buscar una respuesta mejor, pero finalmente se decanta por la más estándar,

- Bueno… El dinero siempre es lo más fácil pero... no sé, lo que quieras

ofrecer.

Le miro de arriba a abajo, y de dentro a afuera, con todo el cariño de que soy capaz,

- ¡Ay qué ver! Si es que ya no hay pobres como los de antes ¡Ya no saben ni qué pedir!- digo con cierta sorna pero sin dejar de decir lo que realmente pienso.

- Bueno...- me dice sin mostrarse en absoluto molesto por mis palabras, e incluso al contrario, pero sobretodo lo hace con una neutralidad serena que cada vez me gusta más- En realidad, tampoco me considero especialmente pobre.

- ¡¿Y entonces por qué pides?!- digo más divertido e intrigado que contrariado por su respuesta.

- Porque creo que tengo bastante menos que la mayoría... y estoy dispuesto a aceptar lo que los demás me quieran dar.

La concreción de sus palabras me gusta, hasta tal punto que me conmueven un poco como la mejor de las poesías, y me ablando tanto que me acerco un poco más hasta casi tocarle. Nos miramos a los ojos con cariño, y cuando esto pasa, es mejor no decir nada más, así que nos quedamos unos instantes así, sonriendo de vez en cuando, como dos idiotas encantados de haberse conocido.

- ¿Puedo sentarme contigo?- le digo al fin sin dejar de mirarnos.

- Sí- y me siento- ¿Y tú?- añade entonces descolocándome.

- ¿Yo qué?

- Que si eres pobre.

Me echo a reír, aunque no sé muy bien por qué, así que dejo de hacerlo, porque me gusta saber por qué hago las cosas, y me quedo unos instantes pensativo, hasta que sonriendo ahora de otra forma, contesto,

- Pues a veces.

- Depende de cómo fluctúe el negocio ¿o qué?

- Pues no. Más bien depende de cómo me siento. Creo que la pobreza y la riqueza es más bien una cuestión de actitud.

- Típica respuesta de alguien que tiene de sobra.

- Quizá. Pero estoy dispuesto a dar lo que me sobra, y hacerlo hace que me sienta más rico que si no lo hiciera.

- Pues dame unas monedicas- dice con una leve sonrisa pícara y casi guiñándome un ojo.

Me río divertido y a gusto con la compañía y la conversación.

- Ya lo siento, pero eso tampoco me sobra.

- Ni te falta.

- Supongo que no...

- ¿Y qué tienes entonces de sobra?

- Tiempo- digo casi sin dudar y él se ríe un poco, y yo con él.

- Pues gracias por compartirlo conmigo- dice con una sencillez y franqueza que me encandilan.

- Es un placer- le digo rivalizando en franqueza, dejándole cada vez más que lea en mí como en un libro abierto- Y gracias a ti por lo mismo- y ambos nos quedamos mirando de nuevo con un cariño que comienza a turbarme un poco, y probablemente por ello, y porque empiezo a diluirme cada vez más con él, me sorprendo cuando añado- Si quieres... también puedo compartir mi casa contigo- pero al decirlo, y especialmente al ver que tuerce un poco el gesto, me arrepiento un poco de lo que he dicho.

- Gracias- dice sin embargo, con una sincera sonrisa de agradecimiento que me saca de mis dudas- Quizá algún día. Pero de momento... me basta con un abrazo- y abre un poco sus brazos como diciéndome "Si quieres...". Y claro que quiero, así que casi sin darme cuenta pero sintiendo como si el tiempo se ralentizara, nos abrazamos, y al hacerlo siento como me diluyo definitivamente como un terrón de azúcar en un mar embravecido.

Cuando nos soltamos del abrazo yo ya no sé muy bien quién soy, probablemente porque ambos somos la misma cosa, y como tal, me quedo junto a él, sin ser capaz de hacer nada más durante el resto del día que ver cómo la vida pasa, mientras el mundo gira, llevando consigo a unas cosas que se mueven y otras que no, pero todas con sombras que se mueven conforme el sol los ilumina, cada vez más cerca de desaparecer, porque te muevas o no, todo tiene el mismo final. Mientras tanto, algunas personas nos echan algunas monedas y alguna otra cosa, e incluso comida que no rechazamos aunque sólo sea para dársela a los pájaros. Y

charlamos, nos reímos, contemplamos en silencio el atardecer, e incluso en algún momento, llegamos a enfadarnos con cariño como si fuéramos viejos amigos. También nos abrazamos alguna vez, nos hacemos algunos masajes, y sobretodo, nos acompañamos en nuestra particular forma de estar en el mundo, de vivir, aceptándonos en nuestras diferencias reconociéndonos en un mismo ser.

- Bueno. Creo que ya vale de trabajar por hoy- dice cuando el sol se pierde por el horizonte y yo me río, porque me parece divertido y acertado, pero sobretodo, porque estoy muy a gusto.

- Sí. Estoy agotado- le digo tratando de seguir con la broma de la que la verdad asoma.

Nos levantamos, un tanto penosamente anquilosados después de no ejercitar nuestros cuerpos después de tanto rato, y reímos alguna vez más mientras nos estiramos tratando de activar nuestros músculos, lamentando entre risas lo viejos que somos.

- Bueno. Pues ha sido un placer- me dice y dejo de sonreír, pues eso suena a una despedida que yo no quiero.

- Sí. Para mí también- digo con sinceridad pero no sonriendo mucho, pues la posible inminente separación me produce más bien tristeza.

- Me alegro- dice él con una sonrisa mayor que intenta no contagiarse de la mía- Pues... ya nos veremos.

- Sí... Quizá... Ya veremos...- y yo ya no sonrío, y sólo miro cómo empieza a recoger para marcharse, pero cuando por fin lo hace después de abrazarse conmigo una última vez, descubro que mis piernas le siguen, y no sé quién de los dos se sorprende más por ello.

- ¿Vas... en la misma dirección que yo?- me dice.

- Parece que sí...- Es lo único que soy capaz de responder, así que lo hago sin saber con qué emoción acompañarla más que con un batiburrillo de varias mezcladas.

- ¿Tú casa está en esta dirección entonces?

- Pues... - y no sé cómo decir que no lo sé, porque no me acuerdo, porque incluso no quiero recordarlo, porque lo que quiero es que no nos separemos, vayamos donde vayamos, así que respondo vagamente que no lo sé muy bien, pero que no importa, porque lo que me apetece es estar con él, y ya que estoy lanzado, incluso le digo si le apetece que le

acompañe a su casa.

- Es que... no tengo casa propiamente dicha, y la verdad... es que prefiero irme solo, lo siento- y me agrada su sinceridad, aunque me duela, y que se disculpe en un momento ahora sí del todo apropiado, así que no puedo sino quererle aún más, y al darme cuenta que he dicho que "le quiero" mi turbación se hace más grande, pero trato de recomponerme para responderle,

- Sí, claro, lo que quieras. Otro día quizá...

- Sí. Quizá. Otro día...

Y nos quedamos un instante callados, en el que siento algo de tensión, demasiada, mucha más de la que deseo, mucha más de la que en realidad hay, porque en realidad "no le quiero para mí" sino que "le quiero libre", de la misma forma que quiero que me quiera a mí, así que se vaya o se quede, volvamos a vernos alguna vez o no, todo está bien.

- Bueno, pues adiós- digo con una sonrisa de cariño dispuesto a ver cómo levanta el vuelo.

- Sí. Adiós- responde con una sonrisa parecida, pero al marcharse y ver que yo me quedo quieto donde estoy se detiene, y suspirando, añade- Pero... ¿de verdad no sabes dónde está tu casa?

Yo estoy a punto de responderle que no, y no con pena sino más bien contento de que esto esté haciendo que aún no se vaya, o que incluso provoque un giro en otro sentido y finalmente sigamos juntos, pero entonces, con más pena que alegría, me doy cuenta de que de una forma automática, de mi boca sale la dirección postal de mis casa, como si lo hubiera recordado de repente, otra vez, gracias a (o por culpa de) haberlo grabado a fuego en mi memoria desde pequeño. Lamento haberlo recordado, pero no habérselo dicho, pues yo no miento nunca, ni tampoco escondo la verdad, y menos a él. Le digo que lo acabo de recordar y que quizá ha sido gracias a él, pero hace caso omiso de mis palabras y, simplemente, me dice cómo ir hacia mi casa, y de esta forma, con nuestras metas definidas y en sentidos contrarios (aunque yo no sepa concretamente la suya), no encuentro más escusas para alargar lo inevitable y, definitivamente, nos despedimos y nos marchamos cada uno por su lado.

Mientras nos separamos, de vez en cuando me giro para verle marchar, y en una de esas ocasiones, estoy seguro de que va a girarse y nos vamos a ver una vez más, y nos vamos a reír divertidos para luego sonreírnos con cariño, haciendo incluso que volvamos a hacer marcha atrás y... Pero eso no pasa, y cuando finalmente lo pierdo de vista me siento desconcertado, y luego triste, pero conforme recuerdo todo lo vivido durante el día no

puedo sentirme sino contento por uno de los mejores encuentros conmigo mismo que he tenido en mi vida a través de otra persona. Y me echo a reír, e incluso a llorar de alegría, e incluso bailo y canto por la calle llamando mucho la atención, pero especialmente contento de hacerlo por ese motivo, porque pese a todo, pese a todas las cosas que hacen que la vida a veces sea tan pesada, en ocasiones pasan cosas como éstas que te hacen sentir tan ligero que crees que puedes echarte a volar. Y como me siento con una motivación tan grande, incluso lo intento batiendo mis brazos como si fueran alas, sin importarme cuánto pueda llamar la atención, ni siquiera cuando me echo a reír ostentosamente cuando me caigo de bruces después de haber saltado desde un muro casi convencido de que realmente iba a volar, haciéndome daño, pero contento por ello, porque la pena es inevitable para que la vida valga la pena, y la pena valga la vida... Pero cuando me palpo el bolsillo de la chaqueta y de repente la verdad cae sobre mí como una colosal losa que lo aplasta todo, la pena es tan grande, tan abrumadoramente dolorosa, que quiero atragantarme con todas mis estúpidas palabras,

- No... ¡No puede ser! Me… ¡Me ha robado! ¡El maldito pobre me ha robado lo poco que tenía!- porque ha tenido que ser él, e incluso ahora soy capaz de darme cuenta del momento exacto en que seguramente lo ha hecho, pero que entonces, obnubilado por mi embelesamiento, no fui capaz de reconocer.

Grito de rabia y maldigo su nombre, que por cierto tengo que inventarme pues si me lo ha dicho no lo recuerdo, y aunque preferiría llamar la atención por otro motivo como el anterior, no me importa que toda la ciudad se entere de lo que me ha pasado. Qué desdicha... Puta vida... Y no digo "puta" por el mero hecho de enfatizar algo, si no porque ¿cuánto te tengo que pagar para que me des un poco de placer? Estoy exasperado... desconsolado... a punto de perder toda esperanza… Pero no. Me detengo. Cojo aire y trato de relajarme. Porque una vez más... no tengo que contrariarme, eso no hará más que acrecentar mi sufrimiento, y él, independientemente de que sea mi amigo o un ladrón, también tendrá lo que se merece, y sólo espero estar allí para poder verlo y reírme en su cara, sin nadie que me haga callar porque llamo demasiado la atención mostrando mis más verdaderas y sinceras emociones.

6.

- Hola bonita- le digo a la puta de mi vida.

- Hola- me responde como siempre cortés y amable como una buena vendedora que aprecia su negocio.

- ¿Qué me ofreces hoy? ¿Un seguro de por vida que me garantice una felicidad plena sin miedos hasta el momento de mi muerte?

- Ummm ¿Una mamada?- sugiere matizando bastantes de los términos fundamentales de mi propuesta que me gustaría salvaguardar, pero,

- Bueno. Está bien- acepto rindiéndome a un placer momentáneo pero que espero deje posos en la posteridad y, ciertamente, el placer está a la altura de lo acordado, y ajustado al precio, así que lo disfruto sin paliativos derramando mi esperma por todas las esquinas hasta quedarme vacío incluso de emociones.

- ¿Te ha gustado?- me dice mientras nos abrazamos gratis después de haberme vaciado.

Está claro que me ha gustado, y mostrándole la sonrisa de satisfacción que tengo cosida en la cara, le respondo que por supuesto que sí. Ella me responde con una sonrisa parecida, francamente contenta de que yo haya disfrutado, y nos quedamos unos instantes mirándonos a los ojos, viéndonos a nosotros mismos en la mirada del otro como realmente somos, sin podernos esconder. Y en los ojos de ella descubro, con inapelable certeza, que me gusto, y que me quiero, así que encantado, acepto el beso que me doy a través de ella, y el que ella supongo que se da a través de mí, dándonos y recibiendo besos sin saber quién da y recibe, porque al fin y al cabo, ya somos la misma cosa besándose a sí misma. Te quiero. Me quiero. Nos queremos. Nos quiero. Y aunque pago por ello, creo que el valor que tiene, no tiene precio.

Aunque sólo sea durante unos instantes, está claro que nos queremos, y eso es lo único que importa, al menos de momento, por lo menos hasta que se vaya a querer a otro (cobrándole o no) y a mí no me valga nadie más que ella y me quede otra vez solo. Pero de momento estamos juntos, así que no pienso en nada más hasta que se va, y cuando lo hace, pese a que sé que no está haciendo nada malo, no puedo evitar sentir que me rechaza y me abandona. Pero soy y seré siempre un caballero, así que me aprieto las pelotas y tiro p’alante, con mis cuernos bien a la vista para que todo el mundo lo sepa, y no sólo por ser franco, sino también y quizá sobretodo para que nadie se sorprenda de si terminamos dándonos cornadas.

La puta de mi vida se ahoga en diversas sustancias que la diluyen, o eso intento, batiendo mis pensamientos y emociones que, en este momento en concreto, toman la forma de un vaso donde los hielos repiquetean melodiosamente en un mar de alcohol. Pero hoy no beberé mucho. Sé controlarme. Algo así no volverá a pasar. Lo que tengo que hacer es pensar en otra cosa. No tengo que pensar en la puta de mi vida. Y menos aún echarle algo en cara. Al fin y al cabo, es una puta, y se comporta como tal, y sin duda, pese a todo el amor que le tengo, también tendrá lo

que se merece, sino lo está teniendo ya, así que quizá sea la menos culpable de todas, o la más avanzada.

Pero no tengo palabra. Mi palabra no vale nada. Es más, mi palabra es una deuda, una falacia, no sirve más que para que el futuro la convierta en una mentira. Y eso que sólo había bebido una copa. Ni siquiera estaba empezando a estar borracho. Pero es que no me hace falta, porque en el fondo, la culpa no la tiene ninguna sustancia. La culpa es sólo mía. Lo siento señor agente. No volverá a pasar. Pero ¿cómo va a creerme si ni yo mismo me creo? Así que merezco que me metan en el calabozo después de lo que he hecho, merezco pagar por ello, cadena perpetua para el inútil, pena de muerte para el desgraciado...

- Venga. Calla ya- me dice el señor agente- Deja de gritar que es tarde y habrá gente durmiendo.

Estoy tirado en la calle bañado en mi propio meado. Qué desastre. Ni siquiera sé liarla como es debido, aunque ¿cómo se supone que debería liarla?

- Lo siento señor agente- le farfullo cegado por el brillo de su traje impoluto y de su uniforme glorioso, con su chaleco antitodo y sus armas contratodo, y con su mirada para nada ni nadie... pero mejor deja de lloriquear, ingrato, que te está mirando a ti, sólo a ti, e incluso te está ayudando a levantar.

- ¿Va con usted?- dice el agente dirigiéndose a otra persona a mi lado.

- No- responde la puta de mi vida, que dice no ir conmigo pero es la única que está conmigo, al menos en este momento.

- Hola...- le digo como un triste bobalicón- Gracias...- Qué triste, qué lástima, qué desgracia... pero gracias, gracias, infinitas gracias, mi puta, mi querida puta de mi puta vida.

Pero la puta de mi vida no hace si no mirarme con seriedad, negando con la cabeza, no mostrando tristeza ni compasión e incluso desprecio, y aún se lo agradezco más.

- Lo siento... - digo y mejor que no hubiera dicho nada.

- Oh, cállate- dice comenzando a exasperarse.

- Yo... te compensaré- vuelvo a decir desobedeciendo la única orden que me ha dado, la misma que me he dado a mí mismo y que tampoco he obedecido.

- No- dice rotundamente como respondiendo así a todas las posibles cuestiones que yo pudiera plantear.

- Pero yo... te quiero- ¡¿Pero es que no puedo callar la maldita boca?!

- Anda levanta- dice el agente ayudándome a levantar y a que camine en dirección a mi casa mientras me repite que deje de molestar a la puta de mi vida, pero yo soy tan desgraciado que no soy capaz de agradecérselo, y pese a todo lo bueno que está haciendo por mí y por todo el vecindario, yo no puedo si no pensar en que él también, pese a su flamante uniforme, sus potentes armas y sus buenos modales, tendrá también lo que se merece.

- Adiós- dice la puta de mi vida cuando ve que consigo mantenerme en pie, y su seca despedida la siento como la mayor muestra de amor que he sentido nunca.

- Adiós- le respondo con un débil hilo de voz que casi no oigo ni yo mismo mientras la veo marchar, y casi estoy a punto de ir tras ella, pero el agente me frena y me ordena que me vaya a casa.

Sí, claro. Señor, sí, señor. A sus órdenes, señor. Lo que usted mande, señor. Lo que ordene su excelencia suprema... Pero aunque me fastidia, le hago caso y me voy, e incluso, probablemente, tendría que agradecérselo. Puede que ya me haya mojado bastante por hoy, hasta casi ahogarme, encontrándome de tantas maneras conmigo mismo a través de los demás que casi me pierdo para siempre. Sí... Quizá ya me he perdido en el mundo de sobra y lo mejor es que vuelva a casa, a hacer revisión conmigo mismo, a solas, sin nadie que suavice la más severa, y quizá única, de las críticas, la mía. Quizá ya sea hora de morir un poco durmiendo, para volver a renacer mañana y volver a la vida con energías renovadas. O quizá no. Ya veremos. No tengo que preocuparme por eso. El mañana no está en mi mano. Lo único que está en mi mano, en mi temblorosa y poco fiable mano, es tratar de llegar sano y salvo a mi casa ahora, y eso desde luego está por ver, pues tampoco me extrañaría si no lo logro, ni en el fondo, me importaría demasiado. No tengo mucho que perder... Pero por eso mismo, tengo mucho por ganar, así que tan convencido de mi derrota como de mi victoria, apuesto todo conmigo mismo a que lo lograré, sea cual sea el premio.

7.

Aunque no siento que mi vida valga mucho, me dejo arrastrar por su motivante juego consistente en sobrevivir, siempre, como sea, a toda costa... así que cuando veo el portal de mi casa, grito lleno de gloria como si hubiera ganado en la última jugada, y con mis últimas fuerzas, me

arrastro hasta él como si fuera mi trinchera, en la que me refugio de la metralla que siento que me lanza el resto del mundo. Río al entrar al patio después de errar varias veces con la cerradura, tan torpemente, que si la metralla hubiera sido tal, ahora mismo ya estaría acribillado. Miro la escalera. Es sólo una veintena de escalones hasta mi casa en un primer y último piso sin ascensor, pero la veo como una pared empinada y helada en la más alta de las cumbres. Está bien. No me da miedo. Yo puedo con eso y mucho más. Y henchido de confianza, afronto el primer escalón de una cima inaccesible que yo, sin lugar a dudas, voy a conquistar.

- ¿Qué haces en el suelo?- me despierta la voz de la vieja de mi vecina.

Mi baba resbala por la esquina del primer escalón donde mi cabeza estaba apoyada inconsciente.

- Escalar… - consigo responder sin ser aún capaz de diferenciar realidad y sueño.

La vieja musita algo, probablemente un lamento, quizá incluso alguna muestra de desprecio.

- ¿Y el pan?

- ¿Qué pan?

- No lo has traído ¿verdad?- dice con una pena cada vez más grande que encierra un desprecio todavía mayor pero que no se atreve a reconocer.

El recuerdo de mi misión panadera viene a mi memoria como un hecho sucedido hace milenios.

- No. No lo he traído- respondo con una simple y neutra sinceridad, sin mancharla de emociones innecesarias.

- Para una cosa que te pido…

- Pues no me pidas nada.

Fin del partido. La vieja se queda muda y petrificada, como si no se lo esperara en absoluto y se lo hubiera metido por la escuadra. Tampoco pretendía darle semejante paliza, pero ¿qué puedo decir? Ella se lo ha buscado. Pero pese a haber ganado la partida, no siento la gloria de la victoria. No es la primera. Ni seguramente tampoco será la última. Y si pierdo tampoco pasa nada. Sólo quiero jugar, y para eso hay que estar dispuesto a perder, aunque sea con una vieja impertinente. Pero como el juego ha terminado, aprovecho que me he despertado y activado un poco

para, esta vez sí, completar mi ascenso hasta la cima.

- ¿No vas a entrar un momento?- interrumpen mis pasos las temblorosas palabras de la vieja.

- ¿Y por qué iba a entrar?- digo sin dejar de trepar el primer escalón.

- Hace mucho que no le visitas- me dice mirando hacia dentro donde oigo la voz ronca y lúgubre del marido de la vieja proveniente de algún rincón de la rancia casa de ambos- Le gustaría verte...

- No. Ahora no ¿No ves que estoy hecho polvo?

- Te prepararé un caldito…

Qué harpía. Seguro que le pone veneno al caldito. O será caldito hecho con las sobras de hace días. Un caldito infame cocido con todo sus desprecio y rencor. Casi no tengo fuerzas, pero logro echarme unas buenas risas pensando en lo ilusa que puede llegar a ser de creer que voy a caer en su estúpida y macabra trampa como para beberme el maldito caldito… Pero lo cierto, es que el caldito está de delicioso, y tenga veneno o no, me calienta y me reconforta, aunque quizá me mate un rato después. Pero sea como sea, estoy dispuesto a aceptar el riesgo, de la misma forma que arriesgo estar vivo, pues al fin y al cabo, la vida no es más que una enfermedad terminal, quizá la única, y bien está si este delicioso caldito supone la guinda del pastel.

- Está bueno ¿verdad?- me pregunta la vieja.

- ¿Qué quiere el viejo?- le respondo yo.

La vieja se molesta, y llena de rencor, no me contesta, creyéndose así victoriosa. Pero la voz trémula del viejo, entre toses llenas de esputos, llega desde la habitación de al lado como una lejana voz traída por un viento remoto. Entiendo que me dice que deje de cotorrear con esa vieja y me acerque a tener un encuentro entre hombres. Le doy otro sorbo al caldito. Francamente delicioso. Espectacular. No me apetece para nada tener un encuentro entre hombres, ni entre mujeres, ni entre queers no binarios, pero mientras me tomo el caldito no me parece mal cambiar de canal, así que apago a la vieja y pongo al viejo, con el mismo interés con el que probablemente voy a seguir haciendo zaping.

- ¿Qué tal estás?- me dice con una voz de ultratumba tratando de ser amable y consiguiendo lo contrario, pues por supuesto, no le importa realmente saber qué tal estoy, ni a mí tampoco.

- ¿Qué quieres?- le respondo mirando sólo al caldito que tiene unos tropezones algo crujientes que potencian su sabor en boca al tener que

masticar algo que, de no estar, podría hacer que lo bebieras demasiado rápido. Y me pregunto qué serán. Diría que pan frito, o seitán, pero el caso es que es diferente al de otras veces. ¡Hay que ver la vieja! Nunca dejará de probar nuevas recetas que poder llevarse a la tumba...

- ¿Me has oído?- me dice y escucho porque lo que me ha dicho antes no lo he escuchado

- No- le digo y no me disculpo, pues incluso puede estar agradecido de mi respuesta mientras dejo de mirar al caldito para mirar a su cocinera, que se ha quedado en el marco de la puerta a ver nuestro encuentro con un interés desmedido, mostrando lo triste que es su vida, pues esto seguramente será lo más interesante que tendrá en toda la semana.

- Te tiene seducido con sus comiditas ¿verdad?- dice el viejo, por supuesto, con intención de provocarme, pero lo único que me provoca, que no es poco, es que le mire por primera vez.

La visión es dantesca. Tubos, goteros, pañales, sondas... Una amplia gama de las últimas novedades en el mercado para tratar de mantener con vida a cuerpos demacrados y moribundos como el suyo.

- Madre mía. Estás fatal ¿Por qué no te mueres?

- ¿Quieres que me muera?

- A mí me la pela. Lo que no entiendo es por qué tú no quieres morirte. Yo sólo espero ser capaz de morirme antes de acabar como tú.

- Aún tengo razones para vivir...

- Y dinero. Y alguien que te cuida...

- Sí. Pero lo más importante es la voluntad. Y por cierto ¿tú qué tal andas de eso?

- El caldito está espectacular.

El viejo ríe, y a continuación tose, luego intenta retomar la risa donde lo dejó, pero sólo consigue nuevas toses. Casi me da lástima, pero eso no evita que yo sí me ría entonces, bien a gusto, y sin toser ni una sola vez.

- Tu padre...- y el sorbo de caldito que había tomado se me atraganta un poco- Tu padre era buena persona.

- Sí...- respondo por cortesía hacia mi padre.

El viejo me mira y trata de mirarme con seriedad, pero soy capaz de ver cómo sonríe con cierta malicia.

- ¿Qué crees que pensaría de ti tu padre si te viera ahora?

- Que soy un idiota por estar aquí hablando contigo.

- ¿Y por qué lo haces entonces? ¿Me vas a decir que sólo por el caldito?

Pues sí, es lo que le iba a decir, y como no encuentro otra respuesta, me quedo mirándole fijamente mientras doy un nuevo sorbo. El viejo me mantiene la mirada, y sin duda, veo en sus ojos que pronto tendrá también lo que se merece, pero no por ello se me quitan las ganas de quitarle alguno de los aparatos a los que está conectado, sólo por ver qué pasa. Pero por supuesto, no voy a hacer nada de eso. Yo soy un hombre de otro tipo, muy diferente que él.

- No- respondo por fin y me acercó poco a poco a él mientras siento como se tensa.

- ¿Qué haces?- me dice extrañado, confuso, casi asustado.

- Se llama amor- le digo mientras le atuso el cabello con una cariñosa caricia.

Pone cara como de asco, y me da un poco de pena, no mucha, pues de hecho, ya es más de la que se merece. Un leve sollozo hace que me dé la vuelta y veo a la vieja dejando escapar una lágrima. Miro a ambos, iluminados por una luz amarillenta que parece que estemos bañados en meados que chorrean por todos los muebles de su casa que apesta a podrido.

- Me dais pena- les digo con todo mi amor- Sois tan decadentes...

- Te conocemos desde que eras un crío- me dice la vieja acercándose al viejo para relevarme en las caricias que yo he dejado de darle- Y conocíamos muy bien a tu padre- añade mientras el viejo acerca su mano temblorosa a la de ella para devolverle una leve caricia. Parece como si intentaran demostrarme que son capaces de amar. Qué lástima. Qué vergüenza. Y por si eso no fuera poco- Sólo queremos lo mejor para ti- concluye y ambos sonríen, me sonríen, mirándome como dos corderos a punto de ser degollados, y realmente, me dan ganas de hacerlo.

- Gracias por el caldito- les digo dando el último sorbo.

- De nada- me responde, pero en mi cabeza oigo que dice "Son 20 monedas" y me echo a reír. Sin duda habría sido una respuesta mucho

más original. Y además no tengo 20 monedas...

- Buenas noches- oigo que me dice la vieja cuando yo ya me estaba yendo sin despedirme, y no por descortesía, sino porque no creo en las despedidas, ni en general en ninguna formalidad.

Por deferencia, o por acto reflejo, me giro para mirar a mi interlocutora y les veo a los dos mirándome, como esperando que les de las buenas noches. Sonrío.

- Es muy tarde ya ¿No tendríais que estar durmiendo? ¡Venga! ¡A la cama!- les digo señalando su habitación, pero cuando me doy cuenta de que el viejo ya está en la cama, porque vive en ella, lamento haber hecho la broma, pues ya no ha quedado tan bien, pero eso no evita que me ría un poco divertido mientras me voy, y más aún cuando respiro el aire fresco que hay nada más abrir la puerta de su casa.

El caldito ciertamente es reconstituyente y consigo subir hasta mi casa saltándome incluso algún escalón, y cuando abro la puerta de mi casa siento como todo mi hogar me da la bienvenida. En realidad, objetivamente, mi casa está peor que la de los viejos, más sucia, más desordenada, más envejecida, menos cuidada... pero es mía, y eso hace que sea completamente diferente y a mí me resulte mucho más agradable. Supongo que es normal, y cada persona nos sentimos más a gusto rodeados de nuestra propia inmundicia que de la de los demás, como si los restos de piel, pelo y demás trozos de nuestros cuerpos que se nos van cayendo nos siguieran acompañando convertidos en polvo que lo recubre todo, como un recuerdo de nuestro "yo" pasado con el que nos sentimos arropados.

Me respiro a mí mismo aspirando el aire de mi casa, y en cada sutil fragancia, reconozco fragmentos de mi pasado que siguen impregnados entre estas paredes, y profundamente bañado en mí, me tumbo en la cama a dejarme arropar por mí, haciéndome el amor, porque aquí no hay nadie más que yo, ni quiero estar con nadie más que yo-mi-me-conmigo, como ha sido siempre... y como me parece bien que sea por siempre jamás, condenado sin posibilidad de amnistía a un ostracismo de onanismo eterno.

8.

Por supuesto, por si no había quedado claro, Yo no soy dios, y "yo" está en mayúscula y "dios" en minúscula porque, por supuesto, Yo soy más importante. Ambos somos el principio y fin de todas las cosas, el centro del universo desde donde gira todo lo demás, pero Yo, a diferencia de dios, no tengo ninguna responsabilidad al respecto y puedo quedarme

tranquilo a contemplar su baile sin hacer nada. Pobre... Si no se tratara de dios, creo que incluso me compadecería un poco, pero digo yo, que desde toda su omnipotencia, tendrá recursos para salir adelante, así que desde luego, tampoco me preocupo por dios, que al igual que todos los demás, también tendrá lo que se merece.

Por ello, porque no le envidio en absoluto, tampoco juego a ser dios, y en todo caso, quizá sea dios quien juega a ser yo, habitando mi cuerpo y viviendo esta vida conmigo. Y no me extraña. Yo sé que, por a gusto que esté con esta vida y con este cuerpo, algún día se terminará, y que eso puede suceder en cualquier momento, ahora mismo, y aunque francamente eso no me apetece especialmente, prefiero poder dejar de jugar cuando quiera a estar condenado a jugar eternamente, aunque sea al juego más divertido posible. Así que entiendo que dios juegue a ser yo, y desde mis limitados poderes humanos, se lo permito. Que se distraiga un poco. Que se engañe si es lo que quiere. Entiendo que quiera sentir, aunque sólo sea fugazmente, la libertad que da saberse mortal, eludiendo todas sus responsabilidades para tomar una sola, la de tratar de disfrutar de esta vida, antes de que se acabe. Como yo hago. Tumbado en mi cama, después de un intenso día, disfrutando del merecido descanso sintiéndome mejor que dios (aunque ya ha quedado claro que quizá eso no sea muy difícil), sintiendo, de una forma inapelable, cómo el resto del mundo gira alrededor de mí, tras estas paredes, en la calle, en la ciudad, atravesando las nubes y hasta más allá de la última estrella. Pero aunque me gusta el viaje sideral, tampoco pretendo llegar tan lejos, más aún cuando, en momentos como ahora, están pasando tantas cosas en la casa colindante.

- Yo no dije eso- empieza el concierto con un solo de violines.

- Sí que lo dijiste- continúan los oboes.

- No es verdad- replican con apoyo de los chelos.

- No haces más que mentir- acompañan las tubas.

- Eso tampoco es verdad- apostillan con un toque sutil pero determinante de triángulo.

- ¡¿Y qué es verdad entonces?!- estallan las percusiones.

- Que estás volviendo a gritar- aparece de nuevo el triángulo de una forma sublime.

- ¡No eres más que una mierda! ¡No sirves para nada!- se lanzan todos los instrumentos comenzando a formar una orquesta.

- ¡Pues no decías eso cuando te follaba hace un rato!- continúa la orquesta ya fusionada, y de esta forma, continúan deleitándome con una música preciosa y precisa que llega a mis oídos retumbando por toda la habitación, que me va transportando apaciblemente a otras realidades, como acunándome para entrar en el mundo de los sueños, hasta que de repente, se detienen, para continuar tan flojo que casi no les oigo.

Tan entusiasmado como defraudado, aporreo la pared para decirles que sigan, animándoles incluso a que echen más leña al fuego, pero entonces, se callan del todo. Qué desfachatez. Qué poca entrega a su público. Sin duda, también tendrán lo que se merecen, pero de todas formas, les abucheo con todas mis fuerzas. Pero ni así continúan, aunque sea con otro concierto diferente. Qué poca dignidad. En fin... No pasa nada. Tampoco los necesito. No necesito a nadie para ser feliz. Me basto conmigo mismo... Pero no puedo engañarme. Sé que eso no es verdad. Toda mi vida he deseado con todas mis fuerzas que esto no sea así, pero la certeza es tan aplastante que, cuanto más trato de luchar contra ella, más rotundamente cae sobre mí, haciéndome sentir un desánimo que cada día es más grande, sumiéndome en una desilusión profunda que parece no tener fin, llena de un pesimismo recalcitrante que me obstruye las arterias, haciéndome sufrir de una forma descomunal como ninguna otra cosa de mi vida, siendo la ausencia de mi padre el culmen de todo ello, la losa más grande que estoy condenado a llevar encima por ser un auténtico adicto a su compañía, un yonqui de las personas, un completo e incurable dependiente social. Pero pese a todo, esto tampoco me preocupa. Simplemente, es lo que merezco, y lo acepto, por duro que sea. Lo que si a caso me preocupa, lo único que quizá me genera un poco de inquietud en esta vida, es si el mundo se merece lo que quiero a hacer con él.

Capítulo 2

1.

- Buenos días...

- ¿Mmm?

- ¿Has dormido bien hijo?

- ¡¿Papá?!

- Sí, claro...

Abro los ojos y ahí está, sonriéndome, y una oleada de gozo hace palpitar mi cuerpo.

- ¡Papá!- le digo lanzándome a sus brazos... pero ya lo sabía, y al abrazarlo, no siento su cuerpo, ni sus manos, ni su aliento, ni nada... y mi padre empieza a desaparecer.

- Lo siento- dice mi padre con lágrimas en los ojos.

- ¡No! ¡Papá! Yo... Soy yo quien lo siente.

- ¿Por qué?- me dice mientras trato de relajarme y concentrarme para intentar retenerlo un poco más a mi lado.

- Porque no sé vivir sin ti.

- Eso no es cierto- me responde afablemente poniendo sobre mi hombro su mano aunque no la siento- Lo estás haciendo muy bien.

- Sí...- le digo y estoy realmente muy de acuerdo con eso- Pero no sé cuánto tiempo más podré resistir- y esto si cabe es aún más cierto.

Mi padre me mira con los ojos muy abiertos, sonriéndome, buscando la manera de darme ánimos, pero no pudiendo hacer nada más que añadir,

- Tú sigue así... Lo estás haciendo muy bien...

- Sí, claro- respondo con cierto sarcasmo, no aceptando mucho su consuelo, y cada vez menos conforme veo que se queda paralizado, tristemente obediente a merced de mis deseos oníricos- Eso es fácil de decir para un sueño- añado cada vez más lleno de rabia tratando de

echarle en cara que no sea real, y como seguramente no podría ser de otra forma, mi padre me replica acelerando su desaparición.

- Yo no soy sólo un sueño- me dice con una sonrisa que se pierde en el horizonte de lo real-, también vivo en ti- añade señalándome, y eso es cierto, tan cierto como es de las pocas cosas que han evitado que decida suicidarme las veces que he tocado fondo, porque mi cuerpo es lo único que me queda de mi padre, y también porque, en el fondo, no soy más que un cobarde, y enfrentarme a la posibilidad de cualquier cosa todavía me da más miedo que la certeza (más o menos constante) que estoy viviendo.

- Adiós papá- le digo aceptando su partida con la confianza de que, cuando vuelva a dormirme, nos encontraremos de nuevo.

- Adiós- me dice un rayo de luz dándome los buenos días, despertándome en una realidad que cada día quiero habitar menos.

Me quedo un rato en la cama, tratando de recoger las migajas de mis sueños que han quedado esparcidas entre las sábanas. Quedan pocas, y no me sacian, y cuando ya sólo me queda la realidad del mundo que me rodea, siento un miedo punzante que al mismo tiempo me estimula a salir de la cama... y a comerme el mundo... Pero no. Todavía estoy dispuesto a que sea el mundo quien me coma a mí. No sé por cuánto tiempo. Pero al menos, así consigo otro día más serenarme un poco y me levanto para mirarme en el espejo. Es hora de preparar el disfraz con el que volver a salir a la calle. Aún tengo fondo de vestuario, así que mi duda todavía es cuál ponerme, pero cada vez me quedan menos identidades con las que vestirme, y tarde o temprano, si todo sigue así, sé que tendré que salir desnudo. Y estoy preparado a que eso pase, e incluso en el fondo, lo deseo. Pero dudo que al mundo le guste, si no es que será lo más espantoso que hayan visto nunca.

2.

- Buenos días...- me dice una voz que parece venir de muy lejos pero que, conforme voy enfocando el lugar de donde proviene, descubro que está muy cerca, a mi lado, en la forma de mi vieja vecina adicta al pan que parece que viva en el rellano.

No le respondo, y me quedo mirándola, en parte pensando qué hacer a continuación, pero sobretodo dudando si se merece lo que quiero hacer con ella. Pero por supuesto que se lo merece. Todo el mundo se lo merece. Yo el primero, que me merezco todo el sufrimiento que siento por no hacer con el mundo lo que realmente quiero. Pero si ya he dicho que creo que se lo merece ¿por qué no lo hago entonces? Sí... Vale... Ya lo sé.

Está bien. No lo haré... O todavía no...

- ¿Estás bien?- dice mi vecina por tercera vez consiguiendo hacer llegar esas palabras por fin a mis oídos.

- No me habéis pagado el alquiler- le digo consiguiendo a la primera hacérselo llegar a los suyos.

- Pero el mes empezó ayer...

- Ya sabéis que se paga el primero de mes- y aunque la vieja intenta añadir algo, sabe que no lo hay, así que se muerde la lengua, y quizá intoxicándose un poco al hacerlo con su propio veneno, empieza a temblar un poco.

- El chico tiene razón- dice el viejo apareciendo en una silla de ruedas empujada por un hermoso espécimen de ser humano- Ahora mismo voy a sacar el dinero.

- ¡Vaya!- digo con una sonrisa mirando a quien empuja y no a quien es empujado- ¡Si hoy sales de paseo y todo! ¡Qué lujo!

- Una vez a la semana, como mucho...- dice la vieja tratando de dar pena o algo parecido y provocándome más bien asco.

- Demasiado es- le espeto con suavidad- Si tenéis para paseos, tenéis para el alquiler.

- Pero cómo puedes decir que...- empieza a decir la vieja empezando a soltar alguna lagrimilla.

- Y si no os parece bien ya sabéis que podéis buscar otra casa, a ver si encontráis algo mejor- y saben que eso es muy poco probable, pues bastante barato se la dejo ya, así que la vieja no puede sino absorber su triste jugo lacrimal antes de que dé vergüenza más que pena.

- Sí. Déjalo- le dice el viejo a la vieja- Ahora vengo con el dinero- me dice a mí, incluyendo incluso una sonrisa que intenta ser afable- Gracias.

Podría dejarlo correr. Quizá incluso sería lo mejor, de lo contrario puede que incluso me guste demasiado y se me empiece a escapar de las manos, pero creo que me merezco un poco, aunque sólo sea darle un pequeño mordisquito a todo cuanto anhelo, así que cogiéndole suavemente del brazo, hago frenar al precioso espécimen que ya había empezado a empujar la silla, y le digo al viejo,

- Espera. No te vayas aún- El viejo no sabe si protestar lleno de indignación o echarse a llorar y cagarse en los pantalones, y ante la duda,

no hace nada, y yo casi habría preferido que hubiera hecho lo primero- Me da la sensación de que no me lo estáis agradeciendo de verdad...

- No... Sí... Gracias...- responde concreta pero vagamente y no me parece suficiente, así que no suelto el brazo de su bellísimo espécimen ya casi más jamelgo que otra cosa.

Trato de suavizar mi rostro, tranquilizar mi tono, e incluso poso mi otra mano en el hombro del viejo con la actitud más afable que puedo para insistir, por última vez,

- Lo que quiero es no tener que volver a repetir esta situación- Y miro también a la vieja- Creo que lo hemos hablado ya suficientes veces- Y miro a ambos que me miran cada vez más displicentes- ¿No estáis de acuerdo?- y aunque afable, sobretodo pretendo que suene a ultimátum.

Ambos agachan la cabeza, y si la levantan es sólo para entregarme sus miradas, y ahora sí, empiezo a sentir su agradecimiento. Me alegro por ello, pero en realidad, también me lo estaba pasando bien, oliendo cómo se cocían lentamente, hasta el punto de empezar a sentir cómo se me hacía la boca agua ¿No habría sido mejor que hubieran tratado de resistirse? Quizá entonces habría podido... Pero no. Así no. Qué ordinario, qué vulgar, demasiado lógico, con demasiado sentido, y la vida no tiene ningún sentido, la mía tampoco.

- De acuerdo entonces- les digo aunque un poco a regañadientes (nunca mejor dicho porque lamento un poco no haberlos hincado). Suelto al jamelgo que se lleva al viejo en pos de mi dinero que me merezco, y aunque me alegro por ello, pues quiero el dinero, me arrepiento un poco al sentir que estoy dejando escapar una presa.

Pero cuando me giro, me doy cuenta de que la otra presa sigue a mi lado, casi agazapada como si tratara de refugiarse en mi sombra, y si no fuera porque la tengo que apartar de mi camino para marcharme, puede que no le hubiera dirigido la palabra pues ni la habría visto, pero al verla, me siento obligado a decirle algo, aunque sólo sea para juguetear un poco más con el indefenso ratoncito que tengo entre mis garras,

- ¿Y por qué no vas tú a buscar el dinero?- le pregunto y la vieja me responde temblando, y no sé si está tratando de arrancar para decirme algo o porque tiene frío, o miedo, o alguna de tantas emociones que, miradas desde una perspectiva lejana como quizá es la mía, son prácticamente la misma.

- Yo... no puedo...- logra decir sobreponiéndose a todas sus emociones para darme una respuesta.

- ¿Y por qué no?- insisto cada vez más incluso con la simple intención de ayudarles, porque a fin de cuentas, no tengo nada en su contra- Así os ahorraríais lo que cuesta el jamelgo.

- Es que... él... no me deja que use nuestro dinero- me dice y casi siento un poco de compasión pero se me pasa rápido, tan pronto como recuerdo que no es más que lo que ella se merece, igual que le pasa a él. Ella manda en la casa y él en el dinero, y me parece justo, pues es a lo que se han dedicado en su vida, y ambos siguen siendo esclavos de ello.

- Ya... Bueno, pero podrías llevar tú la silla de ruedas ¿no? Aunque luego apartaras la mirada cuando ponga el número secreto en el cajero...- y aunque trato de impedirlo no puedo evitar reírme al imaginar la escena.

La vieja intenta reír, aunque más bien llora, pero sobretodo languidece en un batiburrillo de emociones que se le caen de sus manos flojas.

- Yo... soy demasiado vieja- dice aceptando que por poco es capaz de sujetar la escoba con la que sigue limpiando sobre limpio cada día, tenaz como buena esclava sujetando un mango que en realidad es quien la sujeta a ella, y la somete, haciéndole creer que es bruja y siéndolo sólo en el sentido no mágico de la palabra.

- Sí. Eres muy vieja- le digo dándole toda la razón-. Los dos sois muy viejos. Y ser viejo es muy caro. Quizá os sería más rentable ser otra cosa- concluyo tratando de ser ecuánime con mi sentencia.

La vieja hace un amago de replica, pero tan rápido como se enciende se apaga y agacha la cabeza, admitiendo toda la culpa. Estoy a punto de acercar mi mano para posarla sobre su cabeza, en algo parecido a una caricia de un cariño que, pese a todo, sigue vivo en mí, pero casi agradezco que ella me lo impida cuando, levantando ligeramente la cabeza con aire que pretende ser compasivo pero que siento más bien amenazador, me dice,

- Ya serás viejo tú algún día y...

Por supuesto, me echo a reír.

- Lo dudo mucho- le digo sin dejar de reír con total sinceridad pues, por muchas razones, buscadas intencionadamente por mí o no, creo que moriré bastante antes.

Por un momento, me da la sensación de que la vieja se va a enfadar, o pero aún, se va a rendir, pero entonces me sorprende devolviéndome un golpe que no me esperaba,

- Bueno- dice tratando de esbozar una sonrisa desafiante que si acaso logra el efecto contrario- En realidad, ya eres un viejo. Vives como un jubilado.

- Tú lo has dicho- le digo sin perder la sonrisa- Vivo como un jubilado, pero no soy un viejo.

- ¿Y no te da vergüenza?- insiste devolviéndome otra vez la pelota y me preparo contento a hacer lo mismo- Vivir sin trabajar...

Si trabajar es hacer algo para satisfacer tus necesidades (como una casa o comida) estoy de acuerdo, heredar esta casa de dos pisos de mi padre y habitar uno y pagarme el resto de mis necesidades alquilando el otro no me supone mucho trabajo, aunque eso es gracias también a disminuir al máximo mis necesidades (que quizá también podría considerarse un trabajo). Pero si tengo un trabajo, algo que me identifica, a lo que me dedico en esta vida, con todas mis fuerzas, es otra cosa.

- Mi trabajo es tratar de no comerme el mundo- le digo a la vieja y siento como da un respingo asustada, como si hubiera visto al lobo de repente, y probablemente no le falte razón, pero eso le pasa por ser tan zorra, que también es un respetable depredador, y aunque casi me habría gustado que ambos nobles animales se siguieran enfrentando, la vieja finalmente se retira de la batalla y se va.

Vaya, ahora que estaba disfrutando cada vez más del partido... Pero no importa, déjala ir, hay muchos otros partidos que disfrutar ahí fuera. Y con paso firme, salgo a la calle, como entrando en un estadio deportivo enorme en el que soy tan fervorosamente aclamado como abucheado, y no sé cuál de las dos cosas prefiero, quizá ninguna, pero sea como sea, tampoco importa, pues hagan lo que hagan todos tendrán lo que se merecen, y serán tratados por mí de la misma forma, pues mis motivaciones son puramente impulsivas, nacen dentro de mí, y no necesito que nadie me anime a que haga una cosa, ni me disuada de lo contrario.

3.

Hace un día precioso, y no porque haga sol o llueva, si no porque a mí me lo parece. La belleza está en los ojos del que la mira, y veo tanta belleza a mí alrededor que siento que me abruma, así que tengo que taparme un poco los ojos para no ser deslumbrado y cubrirme para no quedar del todo empapado. El mundo, ciertamente, es un lugar maravilloso, un escenario perfecto en el que poder realizar la obra de teatro que es mi vida, y entre el resto de figurantes y atrezzo, las personas, son sin duda mis mejores compañeras de farándula, moviéndose de aquí para allá entrando y

saliendo a escena, como mostrándose frente a mí en una especie de casting para el mejor espectáculo del mundo, y mi única duda, es que no sé con cuál de ellas comenzar el primer acto.

- Calla. Que nos va a oír- y ciertamente, las he oído.

Son mis vecinas, ambas con algún que otro moratón fruto de su concierto que tanto me gustaba pero que no quisieron continuar.

- Hola, buenos días- les digo con una alegría del todo sincera, tratando de no entusiasmarme demasiado y crearme unas expectativas demasiado altas que luego no se vean cumplidas, como con su concierto.

- Tenemos prisa, lo siento.

- ¿A dónde vais? ¿Qué tenéis que hacer?

- Unos recados...- y se marchan sin despedirse, y no me importa, pues no me gustan las formalidades ni necesito que nos despidamos, pues eso no es lo que quiero.

- Os acompaño- y me sumo a su marcha.

- No, gracias.

- ¿Gracias? ¿por qué?- digo extrañado- En todo caso sería "por favor" ¿no?- y es que por más que intento entender sus innecesarias formalidades, lo que más descubro es que encima las usan mal.

- Gracias por no acompañarnos- matiza la otra con una sonrisa torcida que esconde algún tipo de perfidia y la una le da un leve codazo como reprendiéndole lo que ha dicho, y como intuyo un conato de concierto, no detengo del todo mi marcha a su lado para ver lo que pasa, pero haciendo caso a su petición, me voy quedando un poco atrás.

- Pero dicho así, dais por hecho que no os voy a acompañar, cuando nadie, que yo sepa, conoce el futuro.

- Por favor- dice la una- Tenemos prisa.

- La prisa mata- les digo con toda mi conmiseración.

- Todos tenemos que morir de una forma u otra, así que mejor morir deprisa- dice una y la otra vuelve a darle un codazo menos leve que el anterior.

Yo me quedo un instante quieto, frenando en seco mi marcha sorprendido con su respuesta, pero encantado, vuelvo a reanudarla para ponerme a su

altura,

- ¡Oye! Eso ha estado genial. Morir deprisa... y vivir despacio ¡Es fabuloso!

- ¡¿Para qué le dices nada?!- le dice la otra- Ahora ya no nos lo vamos a quitar de encima- y la una pone cara de preocupación de que ese comentario me vaya a molestar, pero al contrario, me encanta, sobretodo porque es verdad.

- Os acompaño sólo un poco- les digo tratando de mostrar mi sincero deseo y sin suplicarles- Si no os importa...- y si les importa no lo haré, porque no quiero molestarles, aunque en ese caso quizá me moleste a mí su rechazo... y eso haga que deje de reprimir lo que realmente quiero hacer con ellas... Pero no. No tiene por qué ser así. No hace falta ninguna razón. Lo que tenga que ser será cuando tenga que ser, cuando todos nos lo merezcamos, o simplemente, cuando ya no pueda evitarlo.

- Bueno... Sólo un poco- dice una y la otra no parece estar del todo conforme pero no lo impide, así que reprendemos la marcha que se había visto un poco ralentizada por la negociación de los términos de nuestra intermitente relación.

Caminamos unos segundos sin decirnos nada y me siento muy a gusto, no necesito más, pero el silencio es algo que la gente no suele ser capaz de compartir con tranquilidad, como si necesitaran tapar con palabras lo que el silencio nos dice porque no lo quieren oír, quizá porque no quieren reconocer que hay algo más importante que lo tengan que decir al respecto.

- Lo... Lo sentimos si ayer te molestamos con...

- No- les digo interrumpiéndoles rápidamente, antes de que además de romper un bonito silencio lo hagan para decir una estupidez- Lo que me molestó si acaso es que no continuarais- La una y la otra se miran entre sí, con una mezcla de ofuscación, ofensa y un conato de miedo que no me gustan, especialmente porque les falta un punto de rabia para lograr un melodía armoniosa, así que añado- No sé... ¿Necesitáis alguna ayuda?

- No, gracias. Tú... mejor no te metas- y me parece una lástima, su mezcla de emociones me parece muy creativa y me habría encantado azuzarles para que me deleitaran con uno de sus conciertos.

- ¿Seguro?- No suelo insistir, pero en verdad creo que, si fueran capaces de apreciar la música que hay detrás de sus insultos, no sólo sería un buen regalo que podrían ofrecerle al mundo, si no que incluso podría ser

provechoso para ellas,

- Sí, por favor- y que me supliquen que no les ayude me hace reír un poco, y aunque me doy cuenta de que eso les ofusca otra vez, no puedo evitarlo, ni quiero hacerlo ¡Bastante me reprimo ya! Creo que me lo merezco. Así que aún me río más, y sin dejar de reír, vuelvo a insistir,

- Pero ¿seguro que estáis bien?

- ¡¿Y tú?!- reacciona una de ellas de repente con un conato de concierto- ¿Estás bien?- y ambas se detienen como si de repente ya no fuera tan importante su marcha ni tuvieran tanta prisa por hacer sus recados y me miran expectantes como si estar conmigo fuera ahora de repente lo más importante.

En el parque de al lado veo a la criatura del otro día con la que casi nos echamos al agua, y de la forma más cortés que conozco, tratando de adaptarme a sus formalidades que parece que tanto aprecian para sentirse mejor unos con otros, les digo,

- Adiós- Y aunque en sus caras veo las mismas tres emociones de antes en aumento, con un punto de rabia acogiéndolos armónicamente a todos augurando un maravilloso concierto, me voy de su lado haciendo que salgan completamente de escena sin bajar el telón, ni dejar que el público les aplauda o les abuchée.

Y es que las relaciones humanas son así. Todos nos pegamos a otros como lapas para chupar su energía disfrutando con su compañía hasta que nos sacia. Sólo tratamos de que los demás también disfruten si eso revierte luego en nuestro disfrute ¿Demasiado egoísta? Imposible. No hay otra opción. No creo en el altruismo, no creo en "el otro", todos somos uno y nos necesitamos mutuamente, y me parece estupendo que los demás hagan conmigo lo mismo que yo hago con ellos.

4.

- Hola ¿Qué haces?

- Jugar- me responde sin decir nada, como buen jugador que es, completamente inmerso en el juego y nada más.

- ¿Puedo jugar contigo?

La criatura humana sale por un instante de su juego para mirarme sutil y fugazmente. Entiendo que le parece bien, o por lo menos no le importa, así que acerco mis manos a las suyas que se juntan en el juego en el que

está inmersa, y poco a poco, comenzamos a liarnos en los intrincados e infinitos caminos de la fantasía que juega con la realidad.

- Disculpe ¿qué hace?- interrumpe la progenitora llena de miedo pero tratando de mostrar cualquier otra cosa por miedo a ser descortés, sumando un miedo más a tantos otros que ya la poseen.

Yo también soy un buen jugador. Conforme me he ido haciendo mayor quizá he ido perdiendo un poco de práctica, sobretodo si lo comparamos con mi actual compañero de juegos que prácticamente no se ha visto afectado por la intromisión de su progenitora. Pero sí que soy un gran estratega, e incluso diría que cada día mejor. Antes de acercarme aquí he saludado a una prima mía (o algo así) que me ha devuelto el saludo tratando de ocultar su ofuscación igual que casi todo el mundo, pero a diferencia de la mayoría, no pudiendo obviar el vínculo que, por lejano que sea, nos une. Como ninguno de los dos teníamos interés (bendito interés mutuo) de seguir con nuestra relación, hemos seguido nuestros caminos en escenarios diferentes, salvo porque el hijo de mi prima (y por lo tanto mi sobrino o lo que sea) también está aquí, y que de una forma intuitiva he supuesto que podría ser provechoso para mis planes como se ha demostrado ahora.

- Estoy con mi sobrino- digo sin más pues ni conozco su nombre, y mi respuesta no parece convencer a la progenitora, ávida de seguir acumulando miedos para acrecentar su deseo de cuidar a la criatura, cuando seguramente sería mejor que se cuidara más a sí misma.

- ¿Quién?- pregunta ella no sabiendo con cual de los dos miedos quedarse, si con que sea mentira que estoy con mi sobrino o con que sea verdad, y viéndola sumida en semejante dilema, como si estuviera en el probador dudando qué miedo ponerse, no puedo evitar reírme un poco, pero consigo evitarlo lo suficiente como para responderle,

- Con...- Mierda, todos los críos son muy parecidos, no tengo ni idea de quién de ellos puede ser. Miro a mi prima y veo que la progenitora la mira también. Miro a los críos de nuevo y veo que la progenitora los mira también, y entre la comparación de rasgos entre mi prima y los críos y el crío al que creo que la progenitora ha mirado después de que yo mirara a su prima, me la juego por uno de ellos,

- Éste- digo señalando a quién lo he apostado todo, aunque en concreto se trata de uno de los menos interesantes, pues por supuesto, al igual que los mayores, los pequeños no son todos interesantes, e incluso al contrario, los hay del todo repulsivos. Pero no es el caso de la cándida criatura por la que estoy aquí, la progenie de la progenitora-cuidadora-miedosa que, pese a todo, entiendo que quiera cuidarlo.

- Ya...- dice ella mirando a mi prima, haciéndome un gesto que trata de ser cortés, tratando de saludarme cuando en realidad desea con todas sus fuerzas despedirse de mí, o mejor, no haberme conocido nunca.

- Es un encanto- le digo refiriéndome a su criatura y no a la de mi prima, aunque ella quizá haya pensado lo contrario, o es lo que le habría gustado.

- Sí...- dice ella no sabiendo qué más hacer pero queriéndolo hacer todo, y tan llena de miedo cómo ávida de ayuda, acude a mi prima disimuladamente para comentarle sus tremendas preocupaciones.

De esta forma, entiendo que me deja jugar con su criatura, o cuanto menos me da una tregua, así que me vuelco en el juego con ella, disfrutando con cada pequeña parte de su pequeño cuerpo que hace cosas pequeñas pero de una forma tan concentrada que resultan colosales. A lo lejos, muy a lo lejos según mi interés donde quiero poner mi atención, veo cómo habla con mi prima y ésta le dice algo parecido a "Sí, es un tipo muy raro, pero... no es peligroso" ¿Qué no soy peligroso? Casi me ofende. Y no porque yo me lo considere especialmente, sino sobretodo porque ¿qué es ser peligroso? Peligroso es vivir, haber nacido y estar condenado a jugar al juego de las infinitas posibilidades, buenas y malas. Si vivimos, aceptamos el riesgo a sufrir la peor de las posibilidades que está siempre a la vuelta de la esquina y que puede suceder de cualquier forma ¿Peligroso yo? Pues sí, pero como lo somos todos. Todos somos potencialmente el mayor de los peligros, y yo, al igual que todos, queremos lo mejor para nosotros mismos, y por eso reprimimos los impulsos que creemos que no nos van a llevar por ese camino, y desde luego, eso es lo que hago yo con todas mis fuerzas, más aún conforme los deditos de la criatura se entremezclan con los míos mientras jugamos con la realidad que se escurre de nuestras manos como granos de arena, al mismo ritmo que mi capacidad para contenerme.

- ¿Estáis bien?- nos preguntan ambas progenitoras tras acercarse a nosotras, mi prima tratando de disimular su miedo y la otra no siendo capaz de ocultarlo, y casi prefiero a la segunda.

Espero unos instantes a que alguna de las criaturas responda, ya que nos han preguntado a todas, pero en realidad, a las progenitoras no les importa si yo estoy bien, sólo les importa si sus criaturas están bien, e incluso desean que no sea así para tener una excusa para alejarme de ellas.

- Sí- respondo como una criatura más y, quizá, en nombre de todas, y sólo me faltaría añadir que lo único que no está bien es que nos interrumpan.

- ¿Y vosotras?- insisten preguntando sólo a ellas, y tienen que hacerlo más de una vez para que finalmente les respondan vagamente comentando algo sobre lo que están jugando, pero no si están bien o no. Y es que las criaturas no entienden por qué no iban a estar bien. Están jugando, aceptando que el mayor peligro puede venir de mí tanto como de cualquier otro grano de arena que cubre este mundo, y concentrarse en la reconfortante seguridad del juego me parece mejor que hacerlo en la terrible incertidumbre del miedo, pero- Sí... Un juego muy divertido pero... ¿estáis bien?- insisten ellas de nuevo, prefiriendo el miedo al juego, tenaces y obstinadas en ver cumplidos sus miedos más profundos haciéndolos reales con la esperanza de quizá así sufrir menos por una certeza, por terrible que sea, que por cualquier otra cosa que se puedan imaginar.

- Yo creo que sí- respondo finalmente en lugar de las criaturas que quizá no están en disposición de responder. Las progenitoras me miran con un gesto abyecto más o menos evidente y yo me encojo de hombros, levantando las manos en un gesto casi de disculpa, aceptando como única culpa por mi parte haber respondido a una pregunta que no iba dirigida a mí. Pero por pequeña que sea la falta, acepto que quieran penalizarme por ello, así que plenamente dispuesto a mostrarles que no soy el terrible monstruo que tanto temen, añado- Pero si lo que pasa es que no os gusta que juegue con ellas...- y ambas progenitoras arden en deseos de poder decir que eso es precisamente lo que quieren, pero no encontrando la manera de decirlo, su malestar aún se hace más grande.

- No... Claro que no...- responden abriendo todavía más sus heridas, y yo se lo agradezco, primero diciéndoles "me alegro", segundo volviendo al juego que retomamos con entusiasmo ahora ya sin sus interrupciones e incluso con su beneplácito, y tercero y último, tratando con todas mis fuerzas, como hago siempre, pero quizá especialmente más en ese momento, de no hacer todo aquello que tanto temen que yo puedo hacer con sus criaturas y que, ciertamente, es algo que puedo hacer.

Juego con placer y pasión durante un buen rato, pero demostrando que no soy tan buen jugador como ellas, de vez en cuando salgo del juego al preocuparme si realmente voy a ser capaz de seguir reprimiéndome, hasta que finalmente, antes de que pueda comprobarlo, me las quitan de las manos arguyendo la socorrida escusa de que ya es muy tarde, y aunque las criaturas protestan con todas sus fuerzas y tratan de evitarlo, finalmente se las llevan lejos de mí, para alegría únicamente de las únicas personas que no han jugado durante todo ese rato.

5.

Cuando me quedo solo, después de no haberlo estado en absoluto, siento una especie de resaca social en la que me parece tener todavía a mi lado a quiénes han sido mis compañeras de juego, y más de una vez, mientras me voy yendo del lugar, me giro pensando que ciertamente están allí. Pero no están. Estoy solo. Y por algunos instantes siento una ansiedad parecida a la de un yonqui, si no la misma. Pero no pasa nada. No las necesito. Sobretodo, porque a poco que mire alrededor, otras personas más o menos interesantes se pasean por los alrededores como una muestra inagotable de sustancias con las que quitarme el mono. La cuestión es elegir cuál. Y acertar con la dosis.

- ¿QuéÉe tal tío?- me dice una de ellas que, al parecer, me conoce.

Yo no estoy seguro de conocerle, pero no me importa, a fin de cuentas, lo que creemos conocer de las personas nos dificulta ver a las personas como realmente son en cada momento (que básicamente es lo único que me importa), pues nadie es la misma persona siempre, hasta el punto que incluso uno mismo puede ser más diferente consigo mismo según en qué momento de su vida se encuentre que como lo es con cualquier otra persona.

- Pues un poco revuelto ¿y tú?- El "tío" se queda un instante como bloqueado, como si a su sistema operativo le costara arrancar- ¿Estás bien?- añado empezando a pensar que quizá esté peor que yo.

- Sí... LoOo siento- dice finalmente como si por fin hubiera acertado con la tecla del play de su capacidad lingüística-. Es que... no me esperaba queEe me fueras a dar otra respuesta diferente a "bien" y... noOo estaba preparado, pero... eso, que... ¿por qué? ¿qué te pasa? ¿Pu... puUuedo hacer algo?

Qué lástima. Si a una persona le respondes "bien" la conversación normalmente sigue sin más por otros derroteros o incluso simplemente se termina, como si le bastara con saber que estás bien, pero si respondes "mal" es mucho más habitual que se interesen por ti. Muchas veces también (como ha pasado con esta persona a la que no sé si conozco y cada vez tengo menos ganas de conocer), arguyen que el motivo es para intentar ayudarte, pero en el fondo, creo que es más bien porque les interesa más saber sobre el mal para tratar de evitarlo que saber sobre el bien para intentar emularlo, demostrando la mediocridad con la que se conforman en sus vidas, aceptando vivir en una tibieza estable sin altibajos en lugar de arriesgarse a alcanzar cotas más elevadas de felicidad aunque sea a riesgo de quizá caer más hondo.

- No- le respondo tratando de ser cortés- No quiero que me ayudes. Aunque... en realidad...- y entonces me doy cuenta de repente, con un punzante sobresalto tan estimulante como la más potente de las sustancias que me puedo inyectar, que quizá sea precisamente al revés, y

esta persona, por qué no, pueda servirme para dejarme llevar y sacar estos impulsos que cada vez más me cuesta reprimir.

- ¿QuéÉe?- me dice después de haber aguardado pacientemente un buen rato a mi mutismo, tan parecido al suyo, que quizá demuestra que, a fin de cuentas, no somos tan diferentes.

- ¿Qué haces? ¿Ibas a algún sitio?- le pregunto finalmente mientras le siento y me siento a mí mismo, sintiendo la posibilidad de dejarme llevar con él, con un ansia cada vez más grande.

- Pues... a traAabajar- dice esbozando una risilla contenida, como si hubiera hecho una broma y estuviera esperando a que yo me riera también para convertirla en una risa.

Yo no entiendo la broma, si es que lo es, y si lo es me da pena que no sea capaz de reírse si la risa no es compartida. Casi ofendido, estoy a punto de decirle "¡Si quieres reírte ríe!", pero en su lugar me lleno de solemne formalidad, y le pregunto,

- ¿En qué trabajas?

Al darse cuenta de que no sólo no me río sino que tampoco me acuerdo de él, deja de reírse por completo, y un tanto dubitativo, me responde,

- Pido en laAa calle- Y entonces me acuerdo de qué le conozco, pero sobretodo, me acuerdo del tipo que conocí que trabajaba en lo mismo y que luego me robó.

Sin dilación, habiendo perdido el interés sobre él (y sobre lo que quería hacer con él), le interrogo sobre si conoce al tipo que me robó, tratando de explicarle cómo era, dónde nos conocimos, y me dice que quizá lo conoce aunque no es seguro, pero como no tengo nada mejor que hacer, le digo si le puedo acompañar, y quizá así, me vuelva a encontrar con el ladrón. Accede encantado, y poco después, me alegro al comprobar que aún quedan pobres como dios manda cuando comemos sin rechistar de los restos de un restaurante cutre. Saciados, e incluso empachados, nos sentamos en una calle a ejercer el noble y esforzado trabajo de pedir limosna, y mientras hacemos otras cosas banales pero importantes como lo son el vuelo de los pájaros o el crecimiento de las flores, nos caen algunas monedicas y alguna otra cosa que también es bienvenida y que compartiremos si no necesitamos con esos mismos pájaros o flores, disfrutando de ser uno más entre todos, donde no hay que hacer más que dejarse llevar para que el karma lo ponga todo en equilibrio. Pero pasado un rato, más o menos cuando he hecho la digestión, empieza a picarme el culo, en parte por ganas de cagar (que soluciono fácilmente entre dos coches aparcados como si fuera un pájaro pese al disgusto de alguna persona que lo ve), pero sobretodo porque vuelvo a tener ganas de

encontrar a quien me robó. Quizá para dejarme llevar con él y... Pero no. No tiene por qué haber una razón. Si sucede, así será, pero no porque yo lo haya decidido, sino al contrario, porque no habré podido impedirlo.

- ¿TeEe vas?- me dice mi desconsolado compañero cuando ve que me voy sin despedirme.

- Sí- le digo como despedida lleno de misericordia frente a una amistad que él seguramente creía que estábamos forjando, cuando por supuesto, no es así, pues sólo entiendo la amistad como una forma de relacionarse sincera a cada momento, y no como un vínculo que genera un tipo de lealtad por querer volver a repetir esa situación, aunque sea mintiéndose con tal de mantener una relación que, alguna vez, fue satisfactoria. Y me voy.

Poco después, encuentro a otras personas de su gremio y sigo mis pesquisas. Consigo algunas posibles pistas, pero nada muy concluyente. Doy algunos tumbos más, pero la ciudad es muy grande, hay muchas personas, tantas, que a la mayoría seguramente no las habré visto ni una vez en mi vida, y poco a poco, empiezo a perder la esperanza de encontrar a mi ladrón. Incluso puede que ni viva aquí... y cada vez más, empiezo a pensar que quizá nunca lo conseguiré, pero entonces, dándome un vuelco el corazón, lo veo aparecer tras una esquina. Va sin su traje de trabajo y se ha cortado el pelo, pero sin duda es él ¿O no lo es? Lo sigo con la mirada, y como si fuera a cámara lenta, su mirada se va girando poco a poco hasta encontrarse con la mía. Si él hubiera echo caso omiso cuando nuestras miradas se cruzaron quizá lo habría dejado ir, convencido de que, en mi anhelo por encontrarle, me había equivocado de persona, o en todo caso lo habría seguido disimuladamente para cerciorarme, pero como nada más verme, su corazón también da un vuelco y no puede disimularlo, nuestros corazones redoblando como campanas son como un pistoletazo de salida de una carrera frenética que comenzamos a hacer de inmediato por la ciudad, utilizando al resto de cosas y personas como meros obstáculos mientras intentamos cazar o evitar ser cazado. El espectáculo que damos es digno de admiración por todas las personas que lo contemplan, sea para bien o para mal. Al principio, dudo si gritar "¡Al ladrón!" para que alguien trate de ayudarme, pero rápidamente me doy cuenta de que no quiero que nadie me ayude, quiero hacerlo yo solo, no quiero pedirle nada a nadie. Si lo cazo, será porque lo merezco, y porque él merece ser cazado, y porque merece lo que luego vaya a hacer con él.

Cuando mi presa se mete por un edificio abandonado y lo pierdo de vista, y al poco rato también dejo de oír sus pisadas, empiezo a pensar que quizá se me va a escapar, pero entonces, me quedo también quieto, y tratando de tranquilizar el ritmo de mi respiración, trato de crear un silencio en el que quizá pueda encontrar alguna pista de su paradero. Durante un rato no encuentro nada, ningún rastro visual, ni sonoro, ni siquiera olfativo, pero de alguna forma, un regusto en mi boca, como si

fuera el anhelo de mis entrañas queriendo digerirlo, me hace creer que sé donde está, y muy lentamente, tratando de no hacer ruido, sigo el instinto de mis papilas gustativas mientras trato de contener mi saliva que comienza a inundar mi boca conforme se llena de ganas de morderle. Al cabo de poco rato oigo su respiración. Contengo el entusiasmo y sigo adelante, dando un rodeo convencido de que lo voy a pillar por la retaguardia, por donde menos se espera que yo pueda aparecer. Cuando lo veo de espaldas, agazapado tras una esquina aparentemente exhausto mirando a ver si me ve, contengo mi entusiasmo y la respiración, y me acerco a él más sigiloso que un susurro, y sólo cuando estoy justo detrás de él y lo tengo al alcance de la mano, logra escucharme por fin. Demasiado tarde. Sólo le queda gritar mientras yo me abalanzo sobre él con un violencia inusitada y lo inmovilizo contra el suelo, haciéndole callar, o de lo contrario... Sí. Podría ser un buen momento para hacerlo. Pero cuando me doy cuenta de que lo que tengo en mis manos, a mi merced, y que podría hacer con él cuanto quisiera, por suerte o por desgracia, una vez más, soy capaz de controlarme, y sólo le digo,

- ¡Devuélveme mi dinero maldito ladrón!

Él llora, se disculpa y pide clemencia.

- ¡Lo siento! ¡Soy un enfermo! ¡No puedo evitarlo!

- ¡¿Qué?!- digo indignado.

- Que soy cleptómano. No puedo evitar robar. Yo...

- ¡Venga! ¡No me fastidies! ¡Tú lo que eres es un ladrón y punto! No me vengas con que...

- ¡¿Qué pasa?! ¿Es que no puedo ser cleptómano porque soy pobre?- me dice con un conato de vehemencia que me sorprende y relaja un poco mi rabia.

- Bueno. Yo...

- Claro. Otro lujo que sólo pueden permitirse los ricos ¿no?

- Pues... no. Supongo que...

- Claro que no. La enfermedad no entiende de clases. Soy un enfermo. No lo puedo evitar...- Y eso vuelve a hacerme enfadar.

- Lo que eres es un cobarde, o un débil que no es capaz de reprimir sus impulsos- y de eso creo que sé bastante.

- Bueno, quizá también y... lo siento.

- ¿Que lo sientes?- le digo tratando de mostrar que eso no me vale, pues a diferencia de mis impulsos, que si dejo de reprimirlos probablemente ya no tengan solución, los suyos sí que la tienen- Pues si lo sientes de veras, devuélveme mi dinero.

- Claro. Claro- dice y le suelto un poco- Pero ya no lo tengo- añade y lo vuelvo a retener- Si quieres... puedes venir conmigo a pedir, y lo que consiga te lo doy hasta que te devuelva todo.

- Eso no me basta- le digo muy insatisfecho, y no porque considere que me tiene que dar algo más por el agravio, sino porque empiezo a envidiar un poco que sea tan fácil de remediar lo que provocan sus impulsos si se descontrolan.

- ¿Y qué es lo que quieres?

Le miro y le siento, para mirarme y sentirme, y aunque trato de reprimirme, las palabras salen de mi boca poco a poco, de forma sutil pero constante como gotas que erosionan imperturbables la roca durante milenios hasta hacerla pedazos,

- Te-quiero-a-ti.

- ¿Qué?- logra decir justo antes de que le selle la boca con un beso, y aunque trata de resistirse, le meto la lengua hasta la garganta. Y eso es sólo el principio...

La mezcla de excitación y miedo es tan intensa que no soy capaz de sentir ninguna de las dos y me quedo sólo en la intensidad, bañándome en un chute de adrenalina que recorre al instante todo mi cuerpo colmándolo de un placer tan extraordinario como efímero, sobretodo cuando me doy cuenta de que no he hecho nada de eso y sólo es fruto de mi imaginación.

- ¿Qué... qué quieres?- insiste el ladrón ante mi parálisis mientras aún imagino lo que estoy reprimiendo.

- Quiero... que me enseñes tu casa- logro decir aunque ya no sé muy bien lo que quiero.

- ¿Para qué?

- Para... ver si es verdad que eres pobre.

- ¿Y por qué iba a engañarte?

Le miro fijamente con severidad como única respuesta, y aunque plantea de nuevo alguna objeción, finalmente termina accediendo, así que le suelto y le sigo hasta su casa en un paseo tenso, sin hablar apenas, sumido en mis pensamientos sobre lo que cada vez estoy más a punto de hacer, quemándome en la punta de lengua, en el borde mismo de la fantasía haciéndose realidad.

- Es aquí- me dice mostrándome una casa ciertamente ruinosa por fuera y por dentro, llena de animales que le saludan efusivos nada más entrar- Hola cariños- les saluda él con la misma efusividad. Repugnante... y también encantador.

- ¿Son todos tuyos?- pregunto.

- Yo soy de ellos- responde sonriendo contento con el matiz y el juego de palabras.

- Fantástico- digo sin sonreír.

- Y… ¿ahora qué?- añade dejando también de sonreír- Yo… ya te he dicho que no tengo dinero…

- ¿No tienes nada?

- Es que además de cleptómano soy un consumidor compulsivo y… como ves, tengo además una gran familia a la que mantener.

- Vamos, que te mereces ser pobre- y me habría gustado que se riera con mi comentario, o se enfadara, o algo diferente a quedarse paralizado que es lo que ha hecho, pero en realidad da igual lo que haga o no. Si doy rienda a mis impulsos será únicamente porque yo no lo puedo impedir, y entonces nadie lo podrá impedir, de la misma forma que ahora nadie lo puede provocar- Bueno. Es igual. Déjalo, te perdono. Te invito a lo que me has robado.

- ¿Sí? ¿De verdad? Gracias. Gracias...

- No me lo agradezcas- le ordeno- De la misma forma que no quiero que me lo eches en cara si hiciera lo contrario.

- Va… vale.

Y aunque lo miro por última vez, dudando por unos instantes si realmente estoy haciendo lo correcto o por el contrario estoy perdiendo una buenísima oportunidad, me voy, sin despedidas por supuesto, sobretodo tratando de no perder más el tiempo, antes de que quizá no sea capaz de

seguir reprimiendo un volcán que, cada vez más, siento que crece irrevocablemente dentro de mí.

6.

- Ahora no puede ser. Está ocupada.

- Pero yo la quiero ahora...

- Hay otros que también la quieren.

- Pero yo…

- Además tú no la quieres. Sólo la necesitas.

- Eso no es verdad.

- Aquí no hay sitio para el amor…

No pongo en duda que en el burdel de la vida sea difícil encontrar el amor, y de hecho, me gustaría que no fuera así, pero éste quizá sea el único sitio donde yo he sido capaz de encontrarlo.

- ¡Pagaré el doble!

- Ponte a la cola. Y si acaso… ya lo negocias luego con ella.

La puta de mi vida se hace esperar, porque también es la puta de la vida de otras personas, y aunque esas personas me sobran, trato de contenerme y no dar rienda a mis impulsos, que aunque no quiero que me sirvan para nada y sólo quiero reprimirlos, quizá podrían ser un poco útiles en esta ocasión.

- Vale...- le digo a quien no quiere putearme, y estoy a punto de decirle ese mismo juego de palabras, pero no estoy para bromas, así que me pido una copa en serio, pero es de agua, y más bien parece una broma y otro posible juego de palabras, así que trato de tranquilizarme y me siento a esperar, pero cada vez estoy más desesperado, y maldigo mi gran capacidad de hacer juegos de palabras mientras me río nerviosamente hasta que una horda de personas que hay hoy aquí me bloquean hasta mis pensamientos, vociferando envalentonados escondiéndose en el ser que forman entre todos, como si así no tuvieran ya ninguna responsabilidad individual, apoyándose y riéndose las gracias unos a otros aunque se trate de la mayor estupidez.

- ¡Guapa! ¡Pero qué buena estás joder! ¡Ven aquí que te voy a dejar bien contenta!- Deleznable, aunque en cierta manera, también encantador como el canto de unos pájaros, pues a fin de cuentas, en muchos casos, no se trata más que de diferentes tipos de cortejos.

Intento no prestarles atención, pero tan asqueado como maravillado con su feroz comparsa de apareamiento, no debo hacerlo muy bien porque la horda se siente observada, y lejos de amilanarse aún se crece más, incluyéndome incluso en sus locuaces improperios que caen sobre mí como cagadas de pájaro que no dejan de trinar copándolo todo. Con cada pío-pío siento que estoy a punto de no poder aguantarme más, e incluso creo que podría alegar legítima defensa por mí y por todas mis compañeras, pero sé que soy más fuerte que todo eso, que si yo quiero nada puede impedirme que me reprima, y lo que ahora quiero sólo es amar a la puta de mi vida, nada más, y si dejara de contenerme, eso probablemente aún sería más difícil, así que me hago una burbuja impenetrable para la horda durante unos instantes, hasta que quien decide a quién le toca ser puteado grita,

- ¡Siguiente!- Me levanto de un salto como si hubiera oído el pistoletazo de salida, pero- No. Tú no- y me caigo de bruces por la salida fallida mientras veo como la horda me adelanta pisoteándome adentrándose en la morada de la puta de mi vida, a la que logro vislumbrar allá a lo lejos, exactamente en la línea de meta, donde por fin dejaré de correr para correrme y…

- ¡Mierda de juegos de palabras!- grito lleno de rabia y tratando de negar lo inevitable conforme veo que la horda gana la carrera.

- ¡Compórtese!- me ordena la puteadora.

- ¡¿Y ellos qué?!- protesto enérgicamente señalando el reguero de destrucción que están dejando en su camino.

- Sí… Ellos también...- reconoce mostrando que le cuesta bastante mantener un poco de tranquilidad entre tanta testosterona desbocada, y yo no quiero ponérselo más difícil, pero,

- ¡Cariño! ¡Mi amor!- le suplico a la puta de mi vida cuando desvía sutilmente su mirada para apiadarse un poco de mí, y no pudiendo contenerme, me acerco a ella.

- No. Ahora no- me dice, me suplica, me ordena la musa de amor de mi vida.

- Ya la has oído- ratifica la puteadora mientras me coge para alejarme de

allí.

- Pero yo… te quiero, te quiero ahora, yo…

- Que no- dice mi puta- Tienes que esperar…

- Te pagaré el doble, el triple, el…

- ¡He dicho que no!- me grita entonces con una fuerza inusitada que hace acallar incluso a la horda durante un instante para que vuelva después aún con más fuerza, como si me hubiera metido un golazo y lo celebraran en toda la grada.

Yo me siento completamente amedrentado, abatido, perdidamente enamorado y enamoradamente perdido, y aunque lo intento, no consigo articular palabra y me quedo boqueando como un pez fuera del agua, con el único consuelo de las gotas que la puta de mi vida me lanza diciéndome,

- Espera… Espera un poco.

Y sólo ante su orden logro encontrar el valor para hacerlo. Cierro los ojos y cojo aire lentamente, y cuando los abro creo, anhelo, encontrar su mirada piadosa sobre mí, pero sus ojos ya se han vuelto para encarar a la horda que la recibe con los vítores de todo un estadio deportivo lleno de hooligans.

La puerta se cierra y me echo a llorar entre risas idiotas y estupideces que farfullo que ni siquiera yo entiendo mientras las manos de la puteadora me acompañan, me empujan, hasta volver a mi parrilla de salida, donde me quedo como omnubilado, tratando de no sentir nada, de hallarme en medio del espacio menos concurrido, donde no habita ni el aire. Pero la naturaleza se abre paso con un fuerza inusitada, y el sonido de animales en celo, copulando, poniendo a la vida por delante de la muerte, empieza a coparlo todo, hasta que anegado en un frenesí orgiástico donde todo se folla menos yo, ya no puedo soportarlo más, y llevado por completo por mi anhelante deseo insatisfecho, me levanto y me voy corriendo hasta la puerta donde se había metido mi puta, y cuando la abro, me avasalla la imagen de la horda cubriendo todos sus agujeros y más allá, regándolo todo con su esperma que estalla como botellas de champán que celebran el mayor y estúpido triunfo que se le puede otorgar a la vida.

- ¡Fuera de aquí!- grita la puteadora en lugar de la puta de mi vida que tiene la boca llena, pero que con su mirada llena de lágrimas, me dice eso mismo.

Me intención es irme, no quiero ni verlo, pero entonces,

- ¡Es igual! ¡Que se quede!- grita la horda.

- ¡¿Qué?!- dice la puteadora incrédula y yo también lo habría dicho si mi boca no estuviera también llena de otra cosa tan empalagosa como la duda.

- ¡Claro que sí!- insiste la horda sin dejar de hacer lo que está haciendo- ¡Se lo ha ganado! ¡Venga! Que te dejamos un hueco libre- y cuando dicen "hueco" lo dicen de una forma tan concreta, tan contundente, refiriéndose a un agujero, una rendija, una pequeña brecha por la que poder llegar a Ella que casi me dan nauseas. Podría haber vomitado allí mismo, pero mi anhelo es tan grande que se sobrepone a todo y mi tímido "Vale" es acogido entre vítores mientras me dejan un estrecho camino por donde me voy acercando poco a poco a la puta que, ahora más que nunca, no es sólo de mi vida sino también de la de muchos otros.

Cuando llego hasta ella y la toco siento un consuelo tan grande que casi me derrito, pero cuando me giro para mirarla a los ojos me invade la duda al ver su tremenda ofuscación,

- Tranquila- le digo tratando de sonreír- Haremos como si no estuvieran ¿Vale?- pero la tenue sonrisa que he esbozado se pierde cuando ella cierra los ojos ante las embestidas que han recobrado su ímpetu tras mi interrupción, y aunque participo sutilmente de los envites, no puedo sino concentrarme en sus lágrimas que salen como el jugo de sus entrañas antes las acometidas de la horda que la exprimen, y de la que yo participo, con tanta gloria como deshonra, tratando de no pensar en nada más que en que, pese a todo, estoy con ella.

Cuando por fin se nos agota el tiempo concedido y ella se ha ganado sobradamente el sueldo, siento sólo alegría por primera vez al sentir que la horda comienza a irse tal como vino y yo me quedo allí, como depositado en el borde de la playa por un mar embravecido que cada vez resuena más lejos.

- Cariño ¿Estás bien?- le susurro con dulzura acercando una caricia hasta su cara, y al tocarla, me doy cuenta de que aunque quizá yo sí he estado con ella, ella no ha estado conmigo, ni lo está ahora, ni de hecho está en ningún sitio, como si hubiera abandonado allí su cuerpo para que el mundo se alimentara de él y no quedaran ni los despojos.

- Cariño… yo...- comienzo a decir sintiendo una pena y un malestar enormes, fruto de una especie de culpabilidad que aborrezco por lo que acabo de hacer, pero sobretodo, por sentir culpa por la razón que sea, y oprimido por la intensa mezcla de emociones superpuestas, me arrebujo en su regazo sudoroso e inseminado, dispuesto a morir pegado a ella

como uno más de los millones de espermatozoides que la cubren.

- ¡Venga! ¡A fuera!- me grita la puteadora que desputea mientras comienza a darme empentones para que me despegue de Ella.

- ¡No!- suplico arrebujándome aún más- Pagaré el doble si hace falta. Sólo quiero quedarme con ella... como hacemos siempre.

- ¿No ves que no quiere estar contigo?- me dice señalándomela y haciendo que me gire para que, en su completa quietud, pueda sentir con inapelable certeza que así es.

- Pero ¿por qué no?- le pregunto a mi puta- Yo… te quiero ¿Es que acaso tú no me quieres?

- ¡Pues claro que no!- responde la puteadora por ella- ¿Es que te pensabas que podrías comprar su cariño?

- ¡No! ¡Ella me quiere!- le digo tratando de que lo demuestre, y aunque ella no dice ni hace nada más que respirar muy débilmente, añado- ¿Lo ves?- Como si hubiera dicho que me ama, lanzándose a mis brazos como hago yo ahora con ella.

- ¡Que la sueltes! ¡Déjala en paz!- irrumpe tratando de separarme de nuestro abrazo de amantes.

- ¡Que no! ¡Dejanos tú en paz! No ves que ella...- pero entonces me detengo de repente a escuchar el silencio que, contundentemente, llega a mis oídos en forma de palabras que resuenan en mi cabeza, en un diálogo con Ella sólo escuchado por mí- ¿Qué dices? ¿Que estas enfadada? ¡¿Conmigo?! Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?- Silencio lleno de palabras que sólo oigo yo mientras la puteadora nos mira perpleja y cada vez más asustada- ¡Eso no es cierto!- y la puteadora quiere intervenir pero no sabe cómo, porque no sabe lo que está pasando.

¡Yo nunca te haría daño! Yo...- pero no soy capaz de seguir por ese camino- Yo…- y por más que lo intento no encuentro otro, así que- ¡Que te follen!- termino gritándole encolerizado de una forma no sé si perfectamente inapropiada o todo lo contrario, pero de forma suficientemente soez como para dejar claro mi más profunda confusión y desprecio, por ella, por todos, por todo, y especialmente por mí mismo, y me voy de allí gritando de rabia, de tristeza y de ninguna de las dos, perdido en un lodazal de emociones más complejas de lo que soy capaz de entender, pero que de una forma desmesurada, siento que rebotan dentro de mí haciéndome pedazos.

Todo el mundo se alegra de que me vaya de allí, excepto el resto del mundo al que llego, que me acoge con un gran disgusto y desprecio y al

que voy apartando de mi camino con idéntico sentimiento, en una desbocada huida hacia ningún sitio y en la que sólo importa alejarse cada vez un poco más, hasta que un coche frena derrapando para quedarse a pocos centímetros de haberme atropellado, con un conductor enfurecido en su interior que aprovecha para sacar su furia ante este eventual acontecimiento.

Me detengo para sentir cuan cerca ha estado de arrollarme el vehículo. Levanto la vista para ver a quién lo conduce y me alegro, cada vez más, conforme cercioro que se trata del mismo conductor del otro día. Apoyo mis manos en el capó y me quedo mirándole fijamente, y cuando nuestras miradas se encuentran, su furia va disminuyendo tanto como en mí va creciendo un sentimiento parecido, más intenso pero más contenido, reflejado sólo en mi mirada penetrante y una sutil sonrisa que, poco a poco, hacen que la furia del conductor deje de conducir sus actos y comience a adueñarse de ellos un miedo que brota lenta pero constantemente hasta dominarlo por completo, y si no fuera por los pitidos de los coches del atasco que está formando detrás suyo, dudo que hubiera podido hacer otra cosa, ni yo tampoco.

- ¿Qué está pasando aquí?- irrumpe el honorable agente de policía guardián del orden y destructor del caos al que no pretendo buscar pero al que, cada vez más, parezco estar irrevocablemente avocado a molestar.

Le miro, y miro al conductor, y miro a la fila de coches pitando tremendamente importunados por mi desdichado camino que nadie parece apreciar, pero- ¿Se encuentra bien?- me pregunta el policía cortés, afable, incluso cariñoso diría, tanto, que casi me apetece lanzarme a sus poderosos brazos.

- Sí- respondo mintiendo y diciendo la verdad, pues me encuentro bien donde estoy, aceptando mi lugar en el mundo y todo lo que me pasa, pero me siento terriblemente mal, no me permitiéndome hacer lo que quiero hacer al respecto.

- Pues circule por favor- Como si pararme en seco delante de todos esos coches no fuera mi mejor forma de circular, y la que quizá sería mejor para todos.

Me sobran razones para soltarme y dejarme llevar, pero una vez más, las razones incluso me echan para atrás, recordándome que si eso pasa, será únicamente porque no habré podido evitarlo, así que,

- Claro- respondo echándome a un lado con idéntica cortesía, y aunque sorprendido y atemorizado, el conductor reemprende la marcha pero mucho más despacio que antes, pasando a mi lado, saludándome incluso con agradecimiento (aunque tímido) de haberle ayudado a circular con

más calma.

- ¿Seguro que se encuentra bien?- insiste el adalid de las buenas acciones con su reluciente placa.

- ¿Y tú?

- Gracias por el interés. Pero aquí soy yo quien hace las preguntas.

- Claro. Tú mandas.

- Sí… -dice aunque parece no del todo convencido de que sea así, como si mandar le quitara un poco de su aura de bondad o quisiera que yo reconociera encantado su autoridad además de tenerla impuesta.

- Sí- digo como imitándole, llenando un silencio un tanto idiota que, para mi sorpresa, me gusta especialmente, quizá porque cada vez me siento un poco más imbécil.

- Venga. Circule- dice finalmente tratando de zanjar el tema.

- ¿Por qué?- respondo yo tratando de hacer lo contrario- ¿Es que no puedo quedarme aquí quieto?

El agente me mira tratando de ser bondadoso pero logrando sólo una cierta misericordia que me hace reír, y aunque eso está claro que también le molesta, finalmente abdica y me deja reinar a mis anchas en mi reducido espacio en el mundo,

- Está bien. Pero no vuelva a liarla.

Nos quedamos un instante en un fugaz pero intenso duelo de miradas.

- Por supuesto. Lo intentaré. Con todas mis fuerzas. Como siempre he hecho- pero por supuesto, no te prometo nada, ni a ti a nadie, y cada vez menos.

Y cada uno se va por su lado, aunque él se mueve y yo me quedo quieto, disfrutando del pequeño trozo de universo que se me ha concedido, y donde en mi imaginación me regodeo dejándome llevar y haciendo todo lo que aún, y pese a todo, sigo sin hacer.

7.

El mundo entero pasa a través de mí, especialmente las personas, que me atraviesan como si no existiera. Pero existo, a mi pesar, a su pesar, a

pesar de todo. Y eso que todavía no he empezado a ser quien realmente soy.

- Hola ¿qué tal?- me dice una de ellas.

- Bien...- respondo sin más, siendo una más de ellas, no sintiéndome más especial que nadie pese a todo, pero,

- ¿Lsqurbasturplebmps?- me dice y no soy capaz de entender nada más que eso.

- Lo siento, prefiero estar solo- logro responderle cada vez más metido en mí, y en todo, menos en esta intrascendente conversación perdida en un universo infinito de posibilidades.

- ¿Prqsvulmesds?- insiste tenaz como si le costara permitir que un ser humano de la misma especie que él quiera, simplemente, estar solo.

- ¿Qué te pasa? ¿Es que quieres ser el primero?

Porque podría serlo, podría empezar por él, ahora mismo, y conforme más lo pienso y la posibilidad palpita en la punta de mis dedos ansiosos por ponerse manos a la obra, me excito cada vez más.

- ¿Quú?- dice con sorpresa y un conato de miedo al que, probablemente, más le valdría hacer caso.

- ¿Quieres venir conmigo? A mi casa…- y mi boca empieza a salibar, mis manos a temblar, y mi mirada se pierde en la profundidad de sus ojos que están fijos en mí y desde los que atisbo la exquisita calidez de sus entrañas que parecen llamarme como el más suculento de los banquetes.

- ¿Yu? Psnsdvrdqhrnmbnpoqiztrnt…

- Cobarde. Pusilánime. Despreciable sensato...

- ¿Qüi?

- Nada, es igual, déjalo- y es que pese a todo, mi voluntad es tan férrea como mi deseo, y poco a poco, vuelve a tomar el control y a reprimirme, controlarme, subyugarme…

- Bunvlpsynsvmos¿k?

- Sí, claro, quizá… en cualquier momento- porque de la misma forma que ahora no, en cualquier momento puede ser que sí, y cada vez se me

antoja más probable y cercano que eso ocurra.

- AiósCudat.

¿Qué me cuide?

- Cuídate tú- le digo no pudiendo evitar reírme aunque me controlo antes de llamar aún más la atención, pues además de mi interlocutor que se marcha de mis garras, otras personas parecen haberse visto atraídas por mi extraño comportamiento, que no son más que gotas del mar que llevo dentro, pero suficientes para mojar y no pasar desapercibidas.

- Hola- le digo a una de las personas que había ralentizado un poco su marcha para mirarme, y al oírme, aparta rápidamente la mirada, haciendo un leve parpadeo como única respuesta, como si pretendiera así borrar de la existencia la certeza de que nos hemos visto.

Pero así ha sido. Nos hemos visto. Y yo aún la veo. Y la sigo con la mirada mientras pasa por mi lado hasta que me da la espalda. Y cuando me doy cuenta, mis piernas ya se han puesto en marcha y todo mi cuerpo le sigue por detrás, sin que me vea, haciendo que cada vez me deleite más con la sensación, haciendo que todo el mundo desaparezca menos esa persona que, con cada paso que damos, se va convirtiendo en la primera persona con la que quizá comience todo. En la excitante posibilidad de que así sea, comienzo a jadear ensordecido por los latidos de mi corazón que parece latir por cada rincón de mi cuerpo al mismo tiempo. Y cuando la persona se gira, y nuestros corazones se encuentran latiendo en nuestras miradas que se encuentran, el estallido es tan grande que no puedo resistirlo más y me caigo al suelo, desfallecido, porque no tengo más fuerzas, o para tratar que la tierra absorba toda esta fuerza descomunal que, de no ser así, descargaré sobre ella y los demás.

- ¿Sencuentrabien?

No me lo puedo creer. Esa misma persona a la que seguía, lejos de huir de mí, se ha acercado a preocuparse por mi estado. Me enternece, a la par que me da la risa y me asusta, y ante el barullo emocional, respondo,

- Eres idiota.

- ¿Qué?- dice sorprendida sin moverse.

- ¿No te das cuenta de todo lo que estoy a punto de hacerte?- y sólo entonces da un pequeño paso para atrás, pero,

- ¿Qué?- vuelve a decir otra vez, como si no pudiera creerse lo que está pasando, como si no fuera posible que cualquier persona, como yo en

estos momentos, pudiera suponer su mayor amenaza.

Casi me da pena. Su ingenuidad, su confianza, su imprudencia... Miro al resto de personas que, unas más y otras menos, participan de la escena atraídas por el espectáculo de que alguien haga algo tan diferente a lo que están acostumbradas, y me provocan el mismo sentimiento, y la misma reacción en mí para con ellas, pues a fin de cuentas, todas las personas son iguales, y cualquiera de ellas podría ser la primera.

- ¿Necesita ayuda para levantarse?- me dice otra.

- No, gracias. Estoy bien aquí sentado- y mi respuesta, con una sonrisa serena en mi rostro tranquilo, es tan sincera y directa, que no puede si no provocar aún más perplejidad y llamar aún más la atención, hasta tal punto, que alguna otra persona vuelve a insistir al poco rato sobre lo mismo.

Sentarse en plena calle, mientras el resto del mundo transita, es de las cosas más violentas que se pueden hacer, y aunque yo ansío mucho más, de momento me conformo con eso y dejo que el mundo choque contra mí conforme se me encuentra a su paso, aunque a veces trate de quitarme de en medio de una patada, como a la más despreciable de las basuras.

- ¿Otra vez tú? Te dije que no la liaras.

- i¿Es que tampoco puedo estar aquí sentado?!

- Por favor, no levante la voz.

- Porque también está prohibido ¿No?

- Porque está molestando.

- ¡Qué simbólico! Que alguien moleste porque se queda quieto ¿Y si son los demás los que me molestan a mí por moverse tanto?

- Pero ¿no se da cuenta de cuánto está dando la nota? ¿Esto es lo que quiere?

Lanzado como estoy, sentado sintiéndome estupendamente, estoy a punto de decir que "¡Claro que sí!", pero al darme cuenta de cuánto realmente estoy llamando la atención me percato de lo contrario. Esto no es nada comparado a lo que en realidad deseo hacer, y mientras consiga reprimirlo, mejor pasar desapercibido, o de lo contrario, quizá al final incluso me impidan hacer todo lo que deseo por haberme mojado sólo la punta de la lengua.

- Está bien señor agente- representante de la gente- Seré como uno más- y me levanto y me voy, mezclándome entre el resto del mundo hasta pasar desapercibido, pero en mi fuero interno es todo lo contrario, y cada vez más anhelo sacar a la luz mi verdadero yo. Quizá ya sea hora de parar. Quizá ya me he mojado suficiente. Y además, ciertamente, estoy muy cansado. Quizá lo mejor sea volver a casa. Pero antes, veo una cosa que me interesa mucho y la cojo, guardándola debajo de mi ropa, aunque se note el bulto y dé un poco la nota, así que acelero el paso para llegar lo antes posible a mi casa llamando lo mínimo posible la atención.

Cuando abro la puerta que separa el resto del mundo de mi casa y me refugio dentro, me siento acogido, aceptado y querido como nadie más que yo sabe hacer, y entonces, siento una enorme compasión por los demás que me aturde y me da la risa. Acabo de darme cuenta de que cuando los demás me caen mal es básicamente responsabilidad mía, porque espero que me acepten y me quieran tanto como me quiero a mí mismo, y eso, de difícil, es casi imposible, así que lleno de una gozosa autoestima, me echo a reír, regodeándome en mi amor propio a carcajada limpia al descubrir y aceptar que nadie puede quererme tanto como yo.

- ¿Estás bien?- me interrumpe la vieja. Siempre igual. Si es que no hay manera. Ni reírse en su propia casa puede uno sin que a alguien le sorprenda, le moleste, hasta tal punto que piense que no me siento bien.

No le contesto, y casi ni le miro, mientras musito y mastico qué hacer o qué decirle al respecto, sabiendo que si no digo ni hago nada aún llamaré más la atención. Lo que en el fondo me gustaría creo que ya ha quedado claro, y la vieja podría ser la primera, de hecho por el simple hecho de que nos veamos más a menudo quizá sea quien tenga más probabilidades. Palpo lo que llevo dentro de la ropa y barajo la posibilidad de que así sea, en ese mismo momento, y por un fugaz y excitante instante, creo que va a suceder, pero en el último momento,

- Toma- le digo sacando la barra de pan que había guardado como el mayor de los tesoros.

La vieja tarda unos instantes en responder, quizá poco acostumbrada a detalles tan puramente bondadosos como éste, pero finalmente, y quizá precisamente por ello,

- ¿Para mí? Yo… Gracias. Gracias- comienza a decir tan agradecida que hasta casi se le caen las lágrimas.

Le miro y sonrío, francamente contento con su alegría, porque pese a todo lo que me pasa y a todo lo que siento y deseo hacer con las personas, no soy inmune a sus sentimientos, es más, los siento perfectamente, y los entiendo, identificándome como una personas más, igual que cualquiera de ellas. Y he ahí mi condena, mi martirio, el suplicio que me supone

tratar de armonizar lo que deseo hacer con ellas con lo que seguramente sentirán si algún día no logro reprimirme. Así que,

- De nada- le respondo con una sonrisa, aunque en realidad, quizá tendría que haber dicho "de todo", porque recibo su agradecimiento con mucho agrado, completamente convencido de que me merezco su gratitud e incluso la ovación del mundo entero frente a lo que estoy haciendo, de la misma forma que estoy dispuesto recibir lo contrario si un día ya no logro reprimirme, aunque en el fondo, no necesito ninguna de las dos. Lo que más me gustaría es poder hacerlo y que a nadie le importara, como tantas otras cosas que hacemos en nuestro día a día pero que nadie se para a juzgar si están bien o mal. Pero no soy un iluso. Y entiendo que probablemente no vaya a ser así, y si algún día no me reprimo, su respuesta sea de una forma tan visceral y llena de repugnancia que haga que me persigan, con la intención de evitarlo de la forma que sea, aunque sea haciéndome lo mismo que les haya hecho a ellas, y me parecería justo y completamente razonable.

- Qué bueno está. Gracias- dice con la boca llena después de haberle dado un mordisco- ¿Sabes qué?- añade con un repentino entusiasmo remilgado- Podrías dedicarte a repartir pan ¿no? Se te da bien. Sería una forma de ganarte la vida...

- La vida está para perderla- le digo pisoteando su entusiasmo y escupiendo sobre él.

- Pero... el pan...- logra decir con la boca llena de un entusiasmo que, aunque le guste, ya no es capaz de tragarse y me compadezco de ella, antes por lo menos de que se atragante y se ahogue.

- Me alegro que te guste- consigo decirle con una sonrisa que voy perdiendo conforme siento el mordisco que yo sigo sin dar- Bueno, pues que aproveche- y me dispongo a marcharme antes de que los sentimientos se me enturbien aún más.

- Quédate a cenar- me dice como una súplica, más que como un ofrecimiento.

- No, gracias- logro responder todavía cortésmente.

- Por favor...

- ¡He dicho que no!- y la vieja se atraganta con una miga de pan y se pone a toser, y a llorar, casi asustada, y mis sentimientos al respecto no hacen más que empeorar.

- Pero...

- Adiós- y me voy sin darle derecho a réplica, dejándola de rodillas rogando viéndome marchar, con todo mi amor del que soy capaz pensando únicamente en su bienestar.

8.

Lo sé. Siempre lo he sabido. No hay nada que hacer. Es sólo cuestión de tiempo. Con todas mis fuerzas llevo toda mi vida sosteniendo mi mano para que no caiga y apriete el botón que lo desencadene todo, pero tarde o temprano sé que flaquearé, y la fuerza de la gravedad hará el resto, haciendo que la naturaleza siga su curso, fluyendo hacia donde quiere como yo estoy impidiendo poniendo una presa a un río y formando un pantano que algún día se desbordará, o peor aún, cederá y se romperá creando una ola de proporciones descomunales que lo arrasará todo. Y sí. Ya lo sé. Podría ir soltándolo poco a poco, rebajando la presión y manteniéndola en niveles aceptables, sin que nada de eso pasara, pero estoy convencido de que yo no funciono así, si no incluso al contrario, y si suelto un poco y pruebo del sabroso río que estoy conteniendo, ya no podré parar y querré cada vez más, entrando en un frenesí insaciable del que no podré salir, y del que nadie escapará. Así que abocado a un terrible destino, tendido en la cama, sintiendo mis pensamientos y pensando mi cuerpo, me echo a llorar de un malestar que cada día se hace más grande, y más insoportable, y más que nunca antes en toda mi vida, pienso verdaderamente en suicidarme.

Sí. Quitarme definitivamente de en medio podría ser la solución para todo, y para todos, pero francamente, si no lo hago es porque, en el fondo, me quiero y me gusto demasiado, aunque todavía no me haya permitido mostrarme ni a mí mismo tal como realmente soy. Pero tengo claro que no me apetece morir, quiero vivir, aunque sólo sea porque me da miedo irme tan profundamente insatisfecho y quedarme vagando en la eternidad con este sentimiento. A veces, como ahora, pienso que quizá podría probar un poco de lo que tanto deseo y valorar cómo me siento y entonces sí, suicidarme antes de continuar, pero francamente, si pruebo un poco, creo que ya no querré para nada ninguna otra cosa (que es lo que me ofrecería mi propia muerte), así que la única solución continúa siendo la misma: seguir aguantando, aunque sea alargando lo inevitable, con la esperanza cada vez más lejana de que pase cualquier otra cosa que lo impida todo.

Doy vueltas en la cama y en mis pensamientos, haciéndome un lío con las sábanas hasta casi ahorcarme, pero lo que más me molesta es el estómago, y entonces, me doy cuenta de que tengo hambre, y éste sentimiento primario me saca de mis devaneos secundarios para hacerme

salir de la cama, de donde me caigo de bruces al enredarme con la que podría haber sido mi mortaja. Aunque dolorido por el golpe, me echo a reír como un idiota, como victorioso al haber burlado a la muerte y que sólo me haya hecho la zancadilla. Por un instante, pienso qué comer, pero rápidamente recuerdo la invitación y, sin dudarlo, bajo a cenar. Al fin y al cabo, el hambre es el hambre.

- Me alegro de que finalmente hayas aceptado- dice la vieja.

- Y yo- digo con la boca llena.

- Tu padre también era de buen comer...

- No hables de mi padre- digo escupiendo la comida, y a mi padre.

- ¿Sigues enfadado con él?

- ¡He dicho que no hables de mi padre!- insisto sin nada ya que escupir- Y además, no estoy enfadado.

- Está bien. Yo...

- Déjalo- interviene el viejo dirigiéndose a la vieja- Ya te ha dicho que no quiere hablar del tema. No le hagas caso- añade dirigiéndose a mí-, y sigue dejándote engordar con sus comiditas- y me guiña un ojo sonriéndome y yo no le veo la gracia, ni el sentido, pero tampoco lo tiene que siga con vida tal como está, mientras vuelve a toser atragantándose con su propia saliva.

La verdad es que la comida está buenísima, como siempre, así que intento no pensar en nada más, pero mirando a los viejos empiezo a dudar si en cualquier momento ya no voy a poder aguantarme más y me los comeré yo a ellos, y conforme el silencio se alarga y la comida se acaba, el impulso se hace más lacerante, convirtiéndolos en el mejor postre posible para este delicioso banquete, así que cuando doy el último bocado, me limpio los restos de comida sin terminar de masticarla y me levanto con la intención de irme antes de que...

- Pero ¿ya te vas?- dice la vieja y por un momento me da la sensación de que lo sabe todo y que, en realidad, quiere que la devore.

- Déjalo. Seguro que tendrá mucho que hacer- dice el viejo y me suena a sarcasmo que, en cierta manera, también me suena a que quiere que lo devore.

- Bueno- acepta la vieja a regañadientes- Gracias por el pan. Está

buenísimo- mientras se mete otro trozo en la boca y se relame de gusto.

- Sólo es pan- digo un tanto molesto de que lo repita como si tratara de reforzar el valor de una cosa buena que he hecho pero logrando el efecto contrario, recordándome lo indigna que le parece en realidad mi vida.

- No es sólo pan...

- ¡Sólo es pan!- sentencio dando un golpe en la mesa y la vieja se atraganta con un trozo del exquisito pero potencialmente mortífero pan.

- No te pongas así...- me dice el viejo.

- Me pongo como me da la gana.

El viejo suspira. La vieja gimotea. A mí me la suda.

- Está bien- dice el viejo dejando tras de sí unos segundos de silencio, como si esperara a que yo pusiera el broche final- Bueno ¿No te ibas?- me dice entonces y me suena a que me está echando.

- Quizá no- le digo entonces cada vez un poco más a gusto con esta opereta que estamos interpretando, y me quedo unos instantes saboreando el silencio tras de mí que parece que nadie se atreve a romper.

A la vieja entonces parece que le da un vahído y se desploma en la silla. El viejo se asusta e intenta hacer algo por ayudarla, pero postrado en su cama no puede más que alargar su mano, como si tratara de hacer algo con sus poderes telequinéticos.

- Cariño ¿Estás bien?- le dice a la vieja que le responde con un leve gesto que no es grave y ya se le está pasando- Pero ¿por qué... por qué nos haces esto?- me dice a mí aunque perfectamente podría haberlo preguntado al revés.

- Eso ¿Por que os hacéis esto?- les digo yo matizando su propia pregunta, haciéndoles responsables, y por lo tanto, mucho más capaces de hacer algo al respecto.

- ¿Qué?- dice el viejo ofuscado y cada vez más ofendido en lugar de agradecido, incapaz de aprender nada que no sea seguir en su papel de víctima.

- Es igual, déjalo- dice entonces la vieja interrumpiendo nuestro incipiente intercambio de pelotas a ver quién las tiene más grandes- Te queremos

igual- dice refiriéndose a mí y me niego a devolver esa pelota.

- No necesito que me queráis- respondo con un saque directo y fulminante que me da el set pero no el partido, porque nada más decirlo y ver en sus caras tal abatimiento, no puedo evitar sentirme un poco mal. Y es que no me estoy portando bien. Estoy pagando con ellos mi malestar por no permitirme hacer con ellos (y con los demás) lo que realmente me apetece, así que - Lo siento- añado dándoles el partido por ganado- Siento no daros lo que os merecéis- y los viejos gimotean un poco como agradeciendo mis palabras, aunque probablemente, ignorando por completo su verdadero significado.

- Está bien- dice la vieja acercándose al viejo con quien parece fusionarse haciéndole una leve caricia- No pasa nada. Ya sabes... que nos tienes aquí para lo que necesites.

Les miro, como si se estuvieran ofreciendo en un mercado de carne, y tienen tan buena pinta que estoy a punto de llevarme hasta el mondongo, pero aún soy capaz de controlarme, y con mi más sincero agradecimiento, les digo,

- Gracias. De verdad. Lo tendré en cuenta- y nuestras tímidas aunque sinceras sonrisas compartidas sellan un acuerdo que, quizá, no tardará en resolverse.

Poco después, estoy de nuevo en mi casa, tendido en la cama con la tripa llena pero no el ánimo, cada vez más convencido de que no hay otra cosa que pueda llenarlo pero con la creencia de que muy pronto le pondré solución. Y así, me quedo plácidamente dormido, sin necesidad de unas caricias oníricas que cada noche, pese a todo, o precisamente por ello, siento cada vez más lejanas, dejándome un poco más desamparado y con más necesidad de encontrar consuelo de la única forma que, llegados a este punto, tan bien sabemos todos ya. Y si no es así, casi que mejor para ti, pues francamente, creo que es mejor vivir sin saberlo.

Capítulo 3

1.

Hoy va a ser el día, lo presiento, aunque eso ya lo dije ayer. Y es que llevo así ya tanto tiempo que cada vez pierdo más la cuenta del paso de los días, hasta tal punto, que todo lo que me pasa ya no sé exactamente cuándo sucede, porque lo único que me importa es cuándo voy a dejar de contenerme y a empezar todo, incluido el propio tiempo, que hasta entonces, parece como detenido o mezclado, sin importar si una cosa u otra ha sucedido antes o después.

Me levanto de la cama y me miro al espejo ¿Ese soy yo? No. En absoluto. Sin duda es mi reflejo pero yo no me reconozco. Yo soy una farsa, soy lo que estoy reprimiendo, no eso que está reprimido. Pero conforme empiezo a esbozar una sonrisa que se come el mundo, voy encontrándome poco a poco en el reflejo, hasta que finalmente, puedo abrazarme a través del frío espejo que me devuelve la misma frialdad, que se va convirtiendo en una reconfortante calidez conforme siento que estoy a punto de atravesarlo.

- Buenos días- me digo.

- Buenos días- me respondo.

Y lo van a ser. Mientras el cristal se hace pedazos y cada trozo sale disparado para clavarse por todos lados.

- Tienes sangre allí- me dice la vieja señalando una pequeña herida de las muchas que tengo por el cuerpo aunque ella no las ve- ¿E... estás bien?- y de nuevo la misma y odiosa pregunta, pero,

- Mejor que nunca- respondo con rotunda sinceridad, por cómo me siento y, quizá sobretodo, por cómo creo que me voy a sentir muy pronto, en cualquier momento, quizá ahora mismo.

- Me alegro...- Y nos quedamos mirando unos instantes, yo fijamente y ella apartando la mirada, tratando de decir o hacer algo que le permita sentirse menos atrapada, cuando en realidad, no hay nada que ella pueda hacer, pues todo, absolutamente todo, está en mi mano.

La prepotencia que siento es tan grande que casi me abruma, haciéndome sentir mal, como si no fuera justo. ¿Qué puede hacer esta pobre vieja contra mí? Poco, muy poco, pero algo puede hacer. Así que cierro los ojos y me quedo quieto delante de ella, a su merced, para que haga conmigo

lo que quiera, incluso lo mismo que yo quiero hacer con ella, aceptándolo, de la misma forma que acepto que cualquier otra persona, en este momento, o en cualquier otro, pueda hacer conmigo lo que yo pretendo hacer con ella. Así que por supuesto que sí. Me parece del todo justo. Bastante tiempo he estado ya conteniéndome y dando la oportunidad a que otra persona lo haga antes que yo. Ahora es ya mi momento. La hora ha llegado. Abro los ojos y la vieja está donde la dejé. Sonrío y ella trata de hacer lo mismo logrando una extraña mezcla en su desencajado rostro, que aún me hace sonreír más. Me acerco a ella, que siento como se estremece y empieza temblar, hasta que estoy muy cerca, tanto como para poder sentir su aliento mezclarse con el mío, como un preludio de lo que, de alguna forma, van a hacer nuestros cuerpos. Me acerco hasta rozarla, juntando los bellos de nuestras pieles que se erizan para tocarse, y con toda mi entrega y amor, no esperando absolutamente nada a cambio, le doy un beso en la mejilla.

- Adiós- me dice ella sin saber cómo sentirse.

- Hasta luego- contesto yo, pues esto, sin lugar a dudas no ha hecho más que empezar, y aunque ansío que dé comienzo, la excitación que siento es tan grande que prefiero alagar el momento al máximo, por lo que pueda pasar, por si después resulta que no me gusta y me llevo una gran decepción, o por si descubro que finalmente no soy capaz de hacerlo y a la decepción se le suma la frustración, o incluso por darles a los demás una última oportunidad de golpear primero, o porque en el fondo me caen bien y me compadezco de ellos y temo que nuestra buena relación empeore, o porque simplemente, quiero alargar el placer como en un orgasmo antes de correrme. Pero no. Sé que por más razones que busque, si no lo hago es porque yo tengo absolutamente todo el control, y lo haré precisamente cuando deje de tenerlo.

2.

- Buenos días- le digo a una persona que no conozco.

- B... Buenos días- me responder finalmente con extrañeza y casi asustada de que un desconocido le salude deseándole buenas cosas.

Le sonrío afablemente para aumentar el efecto y la persona trata de hacer lo mismo pero cada vez le cuesta más. Estoy seguro de que, si yo hubiera sido desagradable su respuesta habría sido automáticamente la misma, en legítima defensa, o habría pedido ayuda para hacer lo mismo, y me entristece lo fácil que nos resulta imitar lo malo para tratar de evitarlo aunque muchas veces lo hagamos más grande, que no lo bueno para que

sumemos y seguramente hacerlo más grande.

Repito el experimento varias veces y el resultado, con ligeras variaciones, es siempre el mismo, hasta que alguien, quizá un poco más valiente, o precisamente todo lo contrario, me dice,

- Disculpa ¿Nos conocemos?- Como si hiciera falta conocerse para desearse buenos días, y disculparse para decirse eso mismo.

- Y eso qué importa- le contesto sin perder la sonrisa de mi cara haciendo que la suya, que ya era leve, desaparezca por completo- ¿Y por qué te disculpas?- añado haciendo que su sonrisa crezca en sentido contrario conforme se asusta.

- ¿Yo? No. Lo siento... Quiero decir. Es... una forma de hablar.

- Una forma un poco estúpida me parece ¿No es mejor desearse buenos días sin necesidad de una excusa?

- Eeeh Sí... Supongo que sí, pero...- y dibuja una tímida pero esperanzada sonrisa en su cara- ¿Se trata de un broma? O...- Y entonces mi sonrisa es la que empieza a desaparecer.

- No- digo cada vez más serio tratando de no enfadarme y su tímida sonrisa se esconde avergonzada, llena de temor por ser vista, y cuanto más se esconde, más ganas me entran de atraparla.

- Ah. Vaya. Bueno...- dice lamentando que sea verdad y no una mentira.

Nos quedamos un instante en un silencio cada vez más tenso.

- ¿Qué?- le digo comenzando a instigarle.

- ¿Qué de qué?

- Que... ¡¿no es más fácil responderme "Buenos días" y ya está?!

- ¿Yo? Ah. Buenos días. Yo...- pero entonces me doy cuenta de mi error.

- Lo siento. Disculpa- Y ahora sí que tiene sentido- Te he molestado. Tienes todo el derecho a decirme lo que quieras, o a no decirme nada. Mejor me voy. Adiós.

- Adiós- y eso sí que no lo duda, más contento de despedirse de mí que de haberme encontrado, y por un momento, tengo el impulso de volver para continuar con la escena, pero finalmente me voy, y me alegro por ello, porque estaba siguiéndoles el juego, y yo he venido aquí a jugar a mí juego, y a que los demás jueguen, o a jugar con ellos, así que a la

siguiente persona con la que me encuentro no le doy los buenos días, y cuando nos cruzamos y me da la espalda, me giro y la sigo por la espalda sin que se dé cuenta.

Aparentemente, nada ha cambiado, todo sigue su curso, el mundo gira y las personas transitan como hacen siempre, pero yo sí que he cambiado, dejando de transitar libremente para hacerlo siguiendo a una de ellas, condenado a hacerlo hasta que le haga algo, todo, y ya nada vuelva a ser lo mismo ¿Intuirá esa persona de alguna forma todo lo que estoy a punto de hacerle? Viendo su actitud parece que no. Está tranquila, incluso feliz, sin miedo, confiando en que todo irá bien, y me parece adorable. Imagino cuántas veces, esa misma persona, habrá sentido miedo por algo infundado, creándose un peligro cuando no lo había, y ahora que sí lo hay, no siente miedo para avisarle, y me enternece, lo vulnerable que es, lo ingenua, lo feliz que es hasta que caiga en mis manos y transite el camino inverso. Y al pensar eso mismo, me entra un poderoso impulso de hacerlo, ahora mismo, y si pudiera lo haría, pero sé que no puedo, es evidente, así no, en plena calle, con público a la vista de todos, o de lo contrario, rápidamente me impedirían hacerlo (o lo poco que hubiera empezado a hacer), y después no me dejarían hacerlo nunca más. No. Desde luego no quiero que eso pase. Así que dejo de seguir a la persona, que conscientemente o no, transita junto a otras, bajo su protección, y al hacerlo, me siento mal, y me quedo quieto donde estoy, dejando que el mundo siga transitando sin mí.

- ¿Qué te pasa?- me digo- ¿Te sientes mal por que el mundo gira ajeno a ti?

- En absoluto, incluso es lo que quiero.

- ¿No te gusta que las personas se protejan unas a otras de los peligros y se cuiden cuando sufren?

- Por supuesto que no, nada más lógico e incluso conmovedor.

- ¿Te molesta que se te haya escapado esa presa?

Casi me entra la risa.

- Claro que no. Yo la he dejado escapar. Podría escoger cualquier otra, seguirla y aguardar al momento en que nadie nos pueda descubrir para comenzar mi obra.

- ¿Por qué entonces?

- Porque creo que me voy a sentir muy culpable... cuando haga lo que voy

a hacer.

- ¿En serio?- me digo riéndome.

- Sí- me respondo haciéndome perder la sonrisa.

- ¿Y por qué? ¿Crees que no se lo merecen?

- No es esa la cuestión. Todos tenemos lo que nos merecemos. No quiero ser yo quien juzgue quién se lo merece más o menos, y de hecho, cuando empiece, estoy convencido de que cada vez me importará aún menos, y sólo querré más de lo mío.

- ¿Y entonces? ¿Cuál es el problema?

- Que no soy ajeno al sufrimiento que voy a causarles, y que en el fondo, me gustan, me caen bien, me gusta la relación que tenemos, las escenas que interpretamos, y si empiezo, todo eso cambiará radicalmente.

- ¿Y qué vas a hacer entonces?

Suelto un bufido lleno de la poca paciencia que me queda después de toda la que ya he gastado.

- Lo que estoy haciendo. Lo que llevo haciendo toda mi vida. Aguantar. Contenerme. Reprimir mis más profundos impulsos... hasta que ya no pueda evitarlo.

- Pero entonces te sentirás tremendamente culpable y ¿eso no será peor?

- No. Quien no se siente culpable se siente menos feliz, y creo que ya he sido bastante inocente e infeliz. Estoy dispuesto a pagar el precio de sentirme culpable.

- ¿Y a que te atrapen? ¿Y te juzguen? ¿Y te castiguen?

- Si me atrapan, y me juzgan, y me castigan... porque supongo que haré todo lo posible por evitarlo, con tal de poder seguir haciendo lo que deseo.

Casi me compadezco de mí mismo.

- Bueno. Pues buena suerte...

- Mejor que la suerte se reparta. No quiero jugar con ventaja.

- Qué honrado.

- Y tú también.

- ¿Se encuentra bien?

Alguien se ha atrevido a pronunciar la odiosa pregunta, pero llevaba un rato hablando sólo en plena calle atestada de gente y eso hace que abra los ojos y vea al posible primer candidato a dejar de serlo. Le miro y me alegro, bastante contento ya de por sí, pero más aún al verle.

- Sí ¿Y tú?

3.

La persona escogida no lo es por por algo en concreto. Ni porque sea de una u otra forma ni porque haya hecho una u otra cosa. Tampoco porque me parezca más inofensiva y pueda ser más fácil que yo tenga éxito. Ya me siento bastante culpable por lo que voy a hacer, no quiero además sentirme un cobarde. Sería demasiado ruin. Así que me vale esa persona. Esa mismo. Una cualquiera. Una. Que, por supuesto, podrías ser tú.

¿Cómo que no? ¿Por qué no? ¿Demasiado aterrador? Pues te guste o no así es, y aún podría ser peor, porque tú también podrías ser yo ¿O crees que no? Es igual. No te respondas. Al fin y al cabo, no sabemos lo que realmente queremos hasta que lo hacemos, ni sabemos lo que nos va a pasar hasta que nos sucede, y de momento, ninguno de los dos lo sabemos, aunque quizá estemos a punto de hacerlo.

- ¿Qué haces?

- Leer.

- ¿Y qué tal?

- Bien...

- ¿Seguro?

- Sí... ¿Por qué?

Hace días que te observo, siguiéndote allá donde vas, caminando por la calle hasta entrar a tu casa, a donde he aprendido a entrar también sin que te des cuenta, y donde estoy ahora. Sí. Justo detrás de ti ¿Ahora te

das cuenta? Demasiado tarde.

Podría ser.

¿Por qué no?

Todo podría haber empezado ya, para ti y para mí, o terminado, según se mire.

Pero no lo ha hecho. Y no porque no haya sabido seguirte sin que te dieras cuenta, ni porque no haya sabido cómo entrar hasta el lugar que sientes más seguro, más impenetrable, de hecho, he estado allí muchas veces, excepto ahora que has mirado a ver si estaba ¿Te creías que iba a avisarte cuando estoy? No. Claro que no. Pero precisamente por eso te aviso, porque he estado, y si no he empezado contigo mi desenfrenada carrera a la perdición que me haga salir victorioso o a la victoria de la que pueda perderlo todo, es porque no he querido, porque, en el último instante, cuando mis dedos estaban a punto de tocarte llegando desde donde no podías verlos, he podido evitarlo. Así de sencillo ¿Que por qué te aviso entonces? Ya deberías saberlo. Porque no quiero jugar con ventaja. No quiero que pienses que no existo, que soy imposible, que esto no te puede ocurrir, quiero que seas precavido, que me lo pongas difícil, que incluso trates de evitarlo aunque sea haciéndome lo mismo ¿Que no eres capaz? Ya lo veremos... O quizá no.

Soy un filántropo adorable y un sádico asesino, un amante primoroso y un violador sin escrúpulos, un torturador del placer más atroz y embriagador que de debate si caer irremediablemente hacia un lado u otro. Amo a la humanidad pero al mismo tiempo deseo hacerle todo tipo de males, esa es mi condena.